

R



FBI

UN GATO,
SIETE VIDAS...
Y ANA

ROS M. TALB



© Ros M. Talbot
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 25.698-1969

Printed in Spain.

RAFAEL F. CARASA. Impresor. José Bielsa, 6. MADRID-19

ROS M. TALBOT

Un gato, siete vidas... y Ana

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Ultimos títulos de ROS M. TALBOT publicados
nuestras colecciones:

Colección EXTRA-OESTE:

Núm. 898.—Tres ángeles negros.

» 923.—Al regreso, la muerte.

Colección OESTE:

Núm. 299.—El quinto jinete.

» 333.—Un gatillo, un percutor y seis
balas.

» 345.—Donovan significa muerte.

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 206.—No preguntaremos tu pasado

» 245.—El poder del silencio.

» 263.—Mi propia justicia.

» 266.—Hermanos de revólver.

» 270.—Rastreo.

Colección MARSHAL:

Núm. 106.—Parador de diligencia.

» 129.—Un revólver y una placa.

» 134.—La distancia.

» 137.—La pantera.

» 140.—La deuda.

Colección COLT 45:

Núm. 19.—Estrella para un pistolero.

» 23.—Adiós, «marshal».

Colección WINCHESTER:

Núm. 9.—Linchamiento.

Colección F.B.I.:

Núm. 881.—Tael.

Un gato, siete vidas... y Ana

ROS M. TALBOT

I

TENIA ojos de gato.
Y movimientos de gato.

Sus compañeros decían de él que poseía la facultad de ver en la oscuridad, también como los gatos. Y que, para colmo de similitudes, tenía siete vidas y no había guapo capaz de vérselas con él sin salir maltrecho.

A veces, sin que se sepa por qué, determinada clase de hombres cría determinada clase de fama. Y entonces ya puede echarse a dormir sobre los laureles, que toda la vida llevará a cuestas aquella fama aunque no haga nada por conservarla.

Aquello era exactamente lo que le ocurría a Leonard Wiggins, agente del F. B. I. con destino en la División de Narcóticos del Estado de Alabama.

Incluso en reposo, como en aquel instante, Leonard Wiggins producía la misma sensación que podría producir un felino deslizándose suavemente entre los matorrales, acechando su presa.

Serge Brewster, jefe de aquel Departamento, pensó que con hombres como Leonard Wiggins no había criminal seguro ni mujer que no perdiera la cabeza.

—A veces, me gustaría que te alterases un poco más cuando se te dicen las cosas, Leonard, muchacho.

Y Leonard se echó a reír, tranquilamente, y encendió un cigarrillo «Super 100».

Serge Brewster suspiró, con las manos cruzadas sobre la mesa.

Y:

—También me gustaría saber qué clase de emoción hace falta para sacarte de tus casillas. E incluso para sorprenderte.

Rio Leonard Wiggins nuevamente.

Respondió:

—Por ejemplo, encontrar un marciano en mi casa cuando volviera por la noche.

—Je. Te limitaría a decirle: «Muchacho, hace demasiado calor aquí. ¿Por qué no has abierto la ventana?» Y luego le invitarías a un *whisky*.

Aquella era parte de la fama de Leonard Wiggins.

La de ser tan inalterable como una piedra.

Pero:

—Si en vez de un marciano te encontraras a una chica, la cosa cambiaría bastante.

Y aquella era la segunda parte de la fama de Leonard Wiggins: la de alterarse únicamente en presencia de una bella mujer.

—Oh, vamos, Brewster, será mejor que termine de contarme el asunto ese y me deje ir. Tengo mucho que hacer con lo que traigo entre manos, ¿sabe?

Leonard Wiggins siempre tenía muchas cosas que hacer. No en vano estaba considerado como uno de los mejores agentes del Departamento, experto en drogas, experto en traficantes, experto en mujeres cebo y experto en todo aquello que pudiera ser necesario para no equivocarse casi nunca cuando decía una cosa.

Tercera parte de su fama: ser infalible.

Aunque aquello resultara un poco molesto a veces.

Serge Brewster, con un nuevo suspiro, se levantó y comenzó a dar paseos por el despacho igual que un león enjaulado.

—Veamos: tenemos que el senador Stewart Keating se encuentra aparentemente en un lío. Un día se levanta, con la mayor tranquilidad del mundo, recibe un paquete por Correo y encuentra que dentro del paquete hay ni más ni menos que medio kilo de heroína pura. Una broma, ¿no?

—No le veo la gracia por ninguna parte.

—La gracia es que él jura y vuelve a jurar que no conoce a la persona que le remitió el paquete, y que no tiene el menor contacto con semejantes actividades.

—Eso es algo raro.

Brewster detuvo su paseo un momento, para mirarle.

Así, sentado tranquilamente en lo profundo de un amplio sillón de peluche verde, con el cigarrillo en la mano derecha y mirándole con su mayor tranquilidad, Leonard Wiggins parecía más que nunca un gato en reposo, esperando que pasara por su lado un canario cualquiera para echarle la zarpa.

Bajo el sol, el cabello del agente era más leonado que nunca. Un cabello entre rubio y castaño, a franjas desiguales, como las rayas de un gato rubio. Exactamente aquel color, y el intenso verde de sus ojos ayudaba a producir la felina impresión que se desprendía de él.

Aquello, y la elegancia con que se movía. Elegancia que la continua

práctica del tenis ayudaba a conservar.

Por unos momentos, Brewster incluso se imaginó que el centro de aquellas pupilas se componía de una pequeña rayita vertical.

—Leonard, hijo, no ayudas demasiado a explicar las cosas.

—Creí que quien tenía que explicarlas era usted, no yo.

Brewster volvió a sentarse.

Y:

—Lo mejor es que vayas a hablar con Keating, y que él te de todos los datos que considere necesario. Después de todo, eres tú quien ha estado últimamente trabajando el asunto del contrabando a través de Nueva Orleans.

—¿Qué tiene eso que ver con Keating y su paquete certificado?

—El remite del paquete era una dirección de Nueva Orleans. Eso me ha hecho pensar que acaso haya una conexión entre todo ello.

—Ajá. ¿Alguna otra cosa?

—Que te largues rápidamente.

Leonard Wiggins caminó hasta la puerta. Movía su metro noventa con la misma facilidad que si fuera únicamente medio metro.

—Leonard.

Se volvió, con el picaporte en la mano.

—¿Sí?

—¿Cuántas veces han atentado contra ti desde que comenzaste a reunir datos sobre este asunto del contrabando en Nueva Orleans?

Se detuvo un momento, pensativo. Sonrió después.

—Cuatro o cinco. No recuerdo bien.

Efectivamente: tener más vidas que un gato era una de las más acusadas características de aquel hombre. A sus veintiséis años, había tenido más atentados que el primer ministro de cualquier nación africana.

Serge Brewster agitó una mano como si espantara una mosca. Y le miró afectuosamente. Pese a su aparente frialdad, a la ácida ironía de que a menudo hacía gala, pese incluso a la crueldad con que a veces se conducía, Leonard Wiggins era uno de esos seres repleto de humanidad, capaz de reír, llorar, pegar a alguien y amar a una mujer, todo al mismo tiempo y sin darle importancia. Había ingresado a los veinte años en el Departamento, y desde entonces no había nadie en él que no le quisiera.

A veces, Brewster temía que, como todos los elegidos, Leonard Wiggins muriera joven.

—Cuídate, muchacho.

—Eso es lo que siempre me dice.

—Cuídate por partida doble. Una por el senador Keating y otra por el resto del asunto de las drogas de Nueva Orleans.

Leonard rio. Tenía los dientes tan iguales y tan blancos como los de un lobo.

—Cuando acabe con todo este maldito asunto, tiene que invitarme a cenar para compensar todos los atentados que he tenido hasta ahora.

—Si alguien atenta contra ti, es que estás en el buen camino.

—¿En el buen camino de Bott Hill Cementery?

Y tiró de la puerta para salir.

—Leonard.

Volvió a detenerse a medio movimiento.

—¿Le duele algo?

—No. Quería decirte que investigues primero el caso de este senador, y que ha sido él mismo quien nos ha llamado y nos ha pedido que fueras nombrado para este trabajo.

Leonard enseñó los colmillos.

—Je. Qué gracioso.

Y se marchó.

* * *

Stewart Keating era alto, tenía el pelo blanco y los ojos de color grisáceo. Cien años antes hubiera sido un perfecto plantador de algodón, con docenas de esclavos trabajando para él.

En pleno siglo XX, se había limitado a presentar su candidatura al Senado de Alabama... y ganar el puesto.

Pero había algo raro en todo aquello del paquete de droga y la dirección de Nueva Orleans.

—Me alegro que haya venido, Wiggins. Estaba esperándole impaciente.

Se comportaba como si se hallara en una recepción de la Casa Blanca. Tendió la mano hacia Leonard y apenas si le rozó los dedos de una forma tan delicada como si en vez de un senador fuera un modisto parisino.

—Será mejor que vayamos directamente al asunto, Keating. He recibido órdenes de ponerme a trabajar de inmediato.

—Ah —y pareció muy satisfecho con ello.

Le indicó que le siguiera, y del pequeño recibidor en estilo Victoriano, le hizo pasar a un amplio despacho que parecía un museo isabelino. Todo allí era auténtico: los muebles, los cuadros, los jarrones e incluso el empapelado de las paredes. Nada de papeles lavables y sintéticos. Auténtico papel brochado en raso, formando pequeñas flores azules y grises sobre un fondo crema. Aquel despacho hubiera sido apropiado para una mujer, pero nunca para un senador. Resultaba excesivamente «blando».

Pero allá cada cual con sus gustos.

Keating le indicó un sillón. Leonard echó de menos la comodidad de los sillones que Serge Brewster tenía en su despacho. Aquellos sillones ¡sabe—linos eran muy bonitos, pero para mirarlos solamente. Resultaban

incomodos, con sus respaldos de madera. Quedaban los riñones sin apoyo y tampoco se podía uno retrepar porque carecían del suficiente ángulo en el respaldo para ello.

Un asco de sillón, aunque fuera una obra de arte.

—¿Y bien, Keating...? ¿Cómo fue todo?

—¿Desde cuándo?

—Desde el principio. Cuando recibió el paquete.

—Ah.

Alargó la mano hacia la caja de cigarros, ofreció a Leonard, que rechazó, tomó uno para sí, y dijo:

—Todo fue que mi mayordomo me trajo el correo, como todas las mañanas. Acostumbro a despachar la correspondencia mientras desayuno.

—Ya. Siga.

—Entre las cosas que había, venía ese paquete. El de Nueva Orleans.

—¿Le extrañó recibirlo?

—Desde que fui elegido senador no hay nada que me extrañe recibir. Incluso tengo cartas de amor de señoras otoñales dispuestas a terminar con mi viudez.

Leonard sonrió entre dientes.

—Las hay para todos los gustos. Siga.

—No hay mucho que decir. Abrí el paquete, comprobé que el remite me era totalmente desconocido, saqué una bolsita de dentro de una caja... Y entonces mi mayordomo dijo: «Eso parece heroína, señor». Y acertó.

—¿Es posible que su mayordomo supiera con tanta exactitud una cosa así?

—Es posible. Es un hombre que ha rodado mucho de un lado a otro, y estuvo empleado como camarero en un club nocturno. Era un lugar algo... raro.

—Ya. Siga.

—No hay mucho más que decir. Cuando me convencí de que aquello era heroína, en efecto, llamé al F. B. I. Me dijeron que había un caso de filtración de drogas a través del puerto de Nueva Orleans, y pedí que me enviaran al agente encargado de ello. Pensé que acaso hubiera una conexión entre ambas cosas.

—Haría usted un buen detective. ¿Qué dirección era la del remite?

Keating echó mano de un cajón del escritorio. Sacó un pequeño pedazo de papel.

—Lo he apuntado en una de mis tarjetas. Naturalmente, el envoltorio y la heroína se los llevaron los de su Departamento. Creo que lo tendrán todo allí, si le interesa verlo. De todas formas, la dirección es esta.

Le tendió la tarjeta.

Leonard leyó:

«Emma Leach. 237, Chester Road, Nueva Orleans».

—¿De forma que no la conoce?

—En mi vida he visto ni oído ese hombre.

—¿Y ella?

—Supongo que la dirección de un senador es algo mucho más público que la de cualquier otro ciudadano.

Aquello era cierto. Leonard asintió y miró nuevamente la dirección.

«Emma Leach».

Al menos, aquello podía ser una pista.

Dijo:

—¿Tiene alguna clase de enemigo que quisiera verlo metido en un lío?

—Uno siempre tiene enemigos, Wiggins.

Rio entre dientes.

—Era un decir. Olvídelo.

Keating se pasó la mano por el cabello, pensativamente. Sus ojos, color de agua, parecían estar en aquellos momentos vueltos hacia dentro, pensativos. Unos ojos llenos de imágenes que Leonard hubiera dado cualquier cosa por ver también.

—Supongo que tendrá que desplazarse a Nueva Orleans, Wiggins.

—Imagino que sí. Me pondré en contacto con nuestros agentes allí. Estamos trabajando conjuntamente en todo este asunto de las drogas, y tal vez ellos sepan algo acerca de esta mujer.

Keating suspiró.

—Puedo proporcionarle un billete de tren. En mi calidad de senador tengo preferencia en todas las líneas del Estado.

Leonard hizo un rápido cálculo mental. Por carretera, a través de la carretera 31 primero y de a 90 después, la distancia era de trescientas cincuenta y dos millas. Tendría que viajar de día, para hacer el viaje más rápidamente, porque algunos tramos de la carretera 90 eran tortuosos y estaban en mal estado. Mientras tanto, en tren, la cosa podía ser mucho más cómoda. Y también más barata.

—De acuerdo. ¿Podría ser para mañana?

—Tendrá mañana una reserva de coche-cama. ¿Le parece bien?

—Sí, perfecto. Gracias.

No había nada más que decir. Leonard Wiggins se despidió. Y cuando hubo salido al exterior, respiró a gusto.

Aquel despacho del senador era verdaderamente aplastante.

II

E

L detective taquígrafo Pell le dedicó una burlona mirada cuando regresó al Departamento.

—¿Alguna chica guapa?

—Te lo diré cuando esté en Nueva Orleans.

—Un viaje un poco largo, ¿no?

Repuso con un gruñido. Un momento después estaba mirando atentamente el envoltorio que había recibido el senador.

El papel era corriente, de color marrón, de los que se utilizan normalmente para hacer paquetes en cualquier oficina de Correos. El remite estaba escrito con un bolígrafo corriente, igual que la dirección del senador.

—Un bonito regalo, ¿eh?

Era de nuevo Pell. Un pelmazo capaz de sacar de sus casillas a cualquiera, incluido el gato Leonard Wiggins.

Leonard alzó los hombros. No tenía ganas de discutir.

—Sí, un bonito regalo.

—Pues si te fijas bien, hay una cosa que me ha llamado la atención en cuanto vi el paquete.

Aquel era un tipo curioso. Tenía unos ojos como una cámara de fotografías. Lo recordaban todo y lo registraban todo sin compasión.

A veces, Pell era un poco... apabullante. Casi como el despacho del senador Keating, tan lleno de cosas que no había forma de ver con claridad ninguna de ellas.

Sin embargo, le dio varias vueltas al papel.

—¿Algo extraño en el papel?

—Adivina, tipo listo.

Lo adivinó enseguida, porque saltaba a la vista en cuanto se miraba dos veces el envoltorio.

—Hum.

—Eso mismo dije yo cuando lo vi.

El remite y la dirección habían sido escritos con dos bolígrafos distintos.

Podía significar mucho o no significar nada.

—¿Lo han analizado en el laboratorio?

—Todavía no.

—Ah.

Y contempló la bolsa en la que había ido metida la heroína. Una bolsa corriente, de plástico, de las que se consiguen en cualquier supermercado.

Aquello no era una pista.

—¿Y la caja, Pell?

Pell, sentado en la esquina de su mesa, con un cigarrillo entre los labios, señaló hacia la espalda de Leonard.

—Si es un perro, te muerde.

Tampoco la caja tenía nada de particular. Era de cartón, y ostentaba el rótulo de una zapatería de Nueva Orleans.

Por si acaso, apuntó aquella dirección en la misma tarjeta de Stewart Keating.

—Pell.

—¿Sí?

—Tú que todo lo recuerdas, ¿sabes por casualidad desde cuándo es senador Stewart Keating?

Pell se rascó un momento la punta de la nariz.

—Hum... Yo diría... Bueno, yo diría que desde hace cuatro o cinco meses.

—¿Tuvo alguna clase de tropiezo durante su campaña electoral?

—No sé. Espera, creo que sí: hubo alguien que le atacó duramente en una ocasión, acusándole de llevar una doble vida. Fue un comerciante de Dothan. Organizó una conferencia de Prensa, para decir que el aspirante a senador llamado Keating no era más que un forajido enmascarado, que tenía pruebas de que llevaba una doble vida y se hallaba comunicado con todos los bajos fondos y los sindicatos del crimen. Dijo que lo iba a desenmascarar dentro de unos días, cuando recogiera el último y definitivo dato de una persona que se negó a nombrar.

—¿Y qué pasó?

Pell rio.

—Me parece que no lees los periódicos, Leonard.

—No seas idiota. Hace cuatro meses yo andaba al otro lado del mundo persiguiendo a alguien.

Pell suspiró. Era cierto: Leonard Wiggins tenía la suerte de andar viajando continuamente por cualquier parte de la Tierra. A veces, Pell pensaba que Leonard sería astronauta dentro de poco, para visitar la luna también. Al menos, era uno de los pocos lugares visitables que no conocía aún.

—Bueno, creo que no ocurrió nada. Todo se quedó en agua de borrajas, y el señor de Dothan no volvió a decir ni miau.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque murió.

Durante unos minutos, en el silencio que se hizo entre los dos, Leonard alzó la cabeza, miró bruscamente a su compañero, y Pell tuvo ocasión de ver cómo los ojos de gato de Leonard se iban empequeñeciendo, hasta quedar del tamaño de un alfiler.

Toda la habitación parecía llena de color verde, de gelatina verde, de estallidos verdes.

Pero, únicamente, eran los ojos de Leonard Wiggins. Seguían siendo los ojos de Leonard Wiggins.

—¿Murió?

—Según parece, el que no tenía la vida demasiado limpia era el comerciante de Dothan. Apareció una mañana muerto a tiros, en su tienda. La investigación de la Policía demostró que el señor estaba metido hasta el cuello en una poderosa organización de trata de blancas y contrabando de drogas, y tal vez sus propios compinches lo mataron para evitar que se fuera de la lengua. A veces ocurren estas cosas.

—Ya lo sé.

Dejó la caja de cartón, la bolsa y el papel del paquete. Encendió uno de sus cigarrillos «Super 100», luego de ofrecer otro a Pell, y murmuró:

—De todas formas, esto no me gusta nada. Lo encuentro bastante embrollado.

—Si pensar en voz alta te sirve de algo...

En el fondo, pese a ser un pelmazo, Pell tenía cosas buenas. Una de ellas, el saber escuchar en el momento preciso y durante todo el tiempo que hiciera falta.

Leonard comenzó a pasearse por el pequeño despacho igual que un león enjaulado.

—Veamos: tenemos primero un senador que recibe un hermoso paquete de medio kilo de heroína. Desde luego, él asegura que no comprende de qué forma ha llegado a su casa. ¿Voy bien?

—Tú verás.

Fumó unos momentos en silencio, como si ordenara sus pensamientos.

Y:

—Entonces, junto con semejante dato, tenemos un nombre de mujer en Nueva Orleans, una dirección escrita por distinto bolígrafo que el remite, y también incluso por distinta letra, porque eso se nota aunque sean letras mayúsculas; y al mismo tiempo tenemos en danza a un señor que hace unos meses trató de fastidiar al senador y no pudo hacerlo porque lo mataron. Pero, al mismo tiempo, tenemos que el senador nos llamó «de motu propio», lo cual quiere decir que no teme una investigación. ¿Raro, no?

—Rarísimo.

—En cuanto a mí, hay otra cosa que me fastidia en gran manera, y es que la gente se dedique a tirar al blanco conmigo.

Pell rio.

—Parece que este asunto de las drogas trae cola, ¿no?

—¡Ya me gustaría a mi poder coger al que organiza semejantes colas!

Pell soltó una gran carcajada y Leonard dijo algo entre dientes acerca de los detectives taquígrafos que se dedican a hacer la vida imposible con su curiosidad. Pell ni siquiera se dio por aludido.

—Que tengas buen viaje hasta Nueva Orleans.

—¡Y un cuerno!

—No, hombre, que se puede quemar y huele mal.

Leonard salió del despacho pensando barbaridades. Y riendo en el fondo.

* * *

Ya en su apartamento, con un *whisky* en la mano y toda la documentación del caso extendida ante sí, estuvo pensando durante un largo rato.

Enumeró los atentados de que había sido víctima desde que comenzó a investigar aquel caso del contrabando de estupefacientes. Le habían colocado una bomba en el motor del coche, y se salvó únicamente porque el atentador, con las prisas, se dejó parte del capó sin cerrar bien. Aquello, para un hombre avezado al peligro como él, fue suficiente para que examinara el coche y encontrara el artefacto.

En otra ocasión, fue tiroteado desde un coche. Más tarde, el coche se encontró abandonado en un solar: había sido robado y nunca se pudo encontrar al que lo hizo.

Dos veces más, mientras llegaba a su casa, fue también tiroteado. Tampoco se pudo encontrar en el lugar del tiroteo otra cosa que el arma... naturalmente también robada.

Y aquello era todo.

Lo cual significaba absolutamente nada.

Suspiró. Fumó despacio y se metió en el cuerpo un largo trago de *whisky*. Aquel maldito embrollo era, ni más ni menos, el que más dolores de cabeza le había proporcionado hasta el momento a lo largo de su carrera.

Sin embargo, era preciso hacer algo para detener la filtración de narcóticos a lo largo de Luisiana y Mississippi. Probablemente, la droga sería llevada por mar a lo largo del Golfo de Méjico, procedente precisamente del Yucatán o de cualquier otro lugar mejicano al otro lado del Golfo. Una vez en Nueva Orleans, lugar idóneo para desembarcar cualquier clase de mercancía sin que nadie se enterase, la droga era

llevada al vecino Estado de Mississippi y al de Alabama después. Toda una red de distribuidores se encargaría probablemente de distribuirla entre los clientes.

E incluso de mandarla, por paquete certificado, a determinado senador por Alabama.

«Hum».

Aquello era un lío. Pero pensando no iba a conseguir otra cosa que un monumental dolor de cabeza.

Aplastó el cigarrillo contra el cenicero y cerró el voluminoso informe que contenía todos los datos reunidos hasta aquel momento por él.

«Bueno, Leonard Wiggins, mañana a esta hora te encontrarás viajando cómodamente en un coche— cama, camino de Nueva Orleans».

Sonrió, pensando en Emma Leach.

«¿Será bonita?»

De todas formas, al día siguiente lo averiguaría. No había motivo alguno para preocuparse.

Terminó el *whisky*, guardó el informe en la pequeña caja fuerte empotrada que tenía bajo un cuadro de Picasso, bostezó ruidosamente y se marchó a la cama como si tal cosa.

* * *

La noche parecía solamente un gran agujero negro, cortado por la centelleante lanza de plata del tren. En medio del silencio, tumbado boca arriba en su cama, dormitando con la más apacible tranquilidad del mundo, Leonard Wiggins fue contando aburridamente las pequeñas estaciones que iban dejando atrás sin detenerse.

Habían dejado atrás Greenville y Evergreen. Dentro de poco, luego que pasaran también Atmore, se encontrarían en el empalme de Mobile. El único sitio de la ruta en que el expreso nocturno se detendría.

Leonard Wiggins, tumbado boca arriba, con las manos bajo la cabeza, apaciblemente bajadas las persianas del compartimento, pensó que en el fondo aquella vida tenía cierta clase de compensaciones. Por lo menos, uno viajaba gratis por menos de nada.

Se había quitado los zapatos y la corbata, tumbándose vestido encima de la litera inferior del compartimento. Al otro lado de la ventanilla, la noche iba agrandándose al paso del expreso, igual que si fuera un remolino, girando vertiginosamente en torno a ellos.

«Disfruta de estos momentos. No vas a tener otros de tranquilidad en todo este maldito asunto».

Finalmente, con un largo chirrido de frenos sobre los raíles, el tren se detuvo en Mobile.

Leonard percibió el sonido de los nuevos pasajeros, subiendo al vagón,

las voces de los mozos de la estación, la del revisor, indicando a cada uno el lugar a que tenía que dirigirse, una risa de mujer, un hombre que decía algo, la risa nuevamente, igual que una campana de plata...

Después, el pitido del tren, y el sonido de las ruedas sobre el cambio de vías del empalme.

Finalmente, una mano hizo girar el picaporte de la puerta del compartimento, la hoja se descorrió, deslizándose sobre el raíl paralelo a la pared del compartimento, y una voz femenina, airada, exclamó:

—¿Quién le ha dado permiso para colarse en mi compartimento, so golfo?

* * *

Caray.

¡Vaya mujer!

Aquello fue lo primero que Leonard pensó, apenas verla recortada a contraluz contra la oscuridad que se dibujaba al otro lado del pasillo, a través de las corridas ventanillas del vagón.

Porque aquella mujer era un ejemplar en toda la extensión de la palabra.

Acaso no llegara al metro sesenta y cinco. Pero su mediana estatura había sido perfectamente bien aprovechada por la madre naturaleza.

Tenía el pelo negro.

Los ojos violetas.

Una boca preciosa.

(En aquellos instantes, aquella boca estaba fruncida en un mohín de disgusto, pese a que Leonard Wiggins siempre producía buen efecto entre las mujeres. Un mohín de desagrado, que no sentaba demasiado bien a su lindo rostro).

El cabello, muy corto, casi como el de un muchacho, sentaba estupendamente a las líneas angulosas de su rostro, a su corta nariz, a las cuatro o cinco pecas, estratégicamente distribuidas, que ella se había pintado sobre las mejillas.

Vestía una minifalda inverosímil.

Tenía unas piernas de concurso.

(Unas piernas, y unas caderas, y un talle, y un busto, y unos brazos, y...)

—Pero...

Aquello fue todo lo que Leonard Wiggins pudo decir en el primer momento de sorpresa.

Pero ya ella había cerrado la puerta en las mismas narices del revisor, y se había quedado con las manos apoyadas en las caderas, mirando enfurecidamente a Leonard.

—¡Bueno! Supongo que tendrá usted alguna clase de disculpa acerca de esta intromisión.

Leonard, aturdido, no pudo hacer otra cosa que meterse los zapatos de cualquier manera y ponerse en pie. El tren había salido ya de agujas, y comenzaba a correr nuevamente a través de la llanura, camino de Nueva Orleans.

—Verá, señorita, me gustaría en gran manera ver el billete que le han...

—¡Esta sí que es buena! ¿Encima tiene la desfachatez de pedirme el billete A MI? ¿Se puede saber quién se ha creído qué es?

—En realidad...

Ella dio dos pasos dentro del reducido compartimento. Parecía absolutamente furiosa, pero en el fondo de sus pupilas había comenzado a encenderse una lucecita amarillenta: la del interés hacia aquel hombre que tenía ante ella, descamisado y sin corbata, con el pelo revuelto y mirándola aturdido desde la altura de su metro noventa.

—¡Oiga! ¡Yo he comprado mi billete, haciendo la reserva adecuada desde Montgomery, y no estoy dispuesta a que un vivales cualquiera llegue y me quite lindamente el compartimento! ¿Me ha entendido?

Era como para no entenderla.

Pero Leonard, en el fondo, estaba hecho un auténtico lío.

—Mire, señorita, yo he recibido esta reserva en el mismo Montgomery, por mediación del senador Keating. Desde luego, no soy ningún vivales. Le puedo asegurar que no. Me llamo Leonard Wiggins y trabajo para el F. B. I.

Nunca lo hubiera dicho.

De pronto, ella se le quedó mirando, y aquella especie de puntito amarillo se agrandó de pronto en el fondo de su mirada.

(Aquel puntito igual al de una leona en celo que de pronto encuentra un león que le gusta).

—Ah —dijo, sin embargo.

Y se quedó quieta, mirándole en silencio como si no se le ocurriera otra cosa.

Leonard, durante unos momentos, pensó que no debía haberle dicho aquello del F. B. I. Luego se dijo a sí mismo que no tenía la menor importancia, y que todo el mundo en Montgomery le conocía.

—Señorita, le aseguro...

Ella, de pronto, sonrió.

Una sonrisa profunda como un abismo.

—¿Está seguro que pertenece al F. B. I.?

—Claro.

—Demuéstremelo.

Leonard tuvo que enseñarle la chapa y el carnet.

Ella, entonces, se ablandó.

—Oh, bueno, en ese caso...

—¿En ese caso...?

—Podríamos llegar a un acuerdo.

Ella era demasiado hermosa para llegar a ninguna clase de acuerdo. Pero Leonard ni siquiera tuvo tiempo de pensar en la clase de acuerdo que podría ser aquel. La hermosa morena de los ojos violeta le había puesto los brazos alrededor del cuello, y le estaba besando como si le conociera de toda la vida.

Luego, separó su rostro un par de pulgadas.

Y dijo solo:

—Me llamo Ana. Ana Sherman.

A Leonard le hubiera dado igual un nombre que otro.

* * *

Estaba amaneciendo sobre los campos de algodón de Luisiana, cuando Ana Sherman se desperezó, tocó a Leonard en un hombro, y dijo:

—Llegaremos dentro de media hora, querido.

Leonard, inmediatamente, pensó que Ana había tenido alguna clase de motivo para colarse en su compartimento de aquella forma. Pero todo se encontraba en su sitio y no faltaba nada. Lo pudo comprobar.

—Ana.

—¿SÍ? —y bostezó voluptuosamente.

—Ana, me gustaría saber por qué te...

Ella soltó una risa.

—No le busques los tres pies al gato, querido. Es un refrán que suelen decir los españoles y los mejicanos. ¿No comprendes que las cosas suceden simplemente porque sí? Después de todo, incluso fue una suerte que se confundieran en la estación y nos dieran a los dos el mismo compartimento. No ha sido una noche demasiado mala.

En efecto. No había sido demasiado mala.

Pero:

—¿Qué vas a hacer en Nueva Orleans?

—Viajo.

—¿Viajas?

Y Ana rio. Aquella risa que parecía un cascabel.

—¡Oh, querido, por favor...! ¿Qué quieres que haga con todo el dinero que le sobra a mi papá? ¡Pues gastarlo! ¿Te parece poca ocupación?

—Me parece DEMASIADA ocupación —gruñó.

Y pensó que aquellas jovencitas, deseosas de emociones fuertes, estaban estropeando la sociedad de todos los países.

Lo que no se podía negar, es que además de estropear la adornaban que era un gusto.

—Bueno, allá tú. Algún día te encontrarás con la horma de tu zapato.

—Bésame.

Estaba a su lado.

Leonard la atrapó contra sí, bruscamente, y la besó como mejor le pareció.

—Mmmm... Eres un salvaje. Pero me gustas. Tal vez volvamos a vernos.

—¿En Montgomery?

—Nueva Orleans está mucho más cerca.

Y se pegó a él, como una gata mimosa, dejándose acariciar.

Media hora después, pensativamente, mientras el tren se detenía, Leonard Wiggins pudo ver cómo ella saltaba al andén, ligera como un poco de viento, y se perdía entre la gente.

Solo entonces Leonard Wiggins se dio cuenta de que ella, durante todo el camino, había viajado sin equipaje.

III

LA calle era estrecha y maloliente. Parecía muy a propósito para tender una emboscada a cualquiera.

Leonard Wiggins, durante unos momentos, se mantuvo inmóvil ante el volante del coche que le habían prestado en el Departamento de Narcóticos de Nueva Orleans. Su jefe, un tal Janssem, había mirado a Leonard de arriba abajo, le guiñó un ojo y dijo únicamente:

—Espero que tengas más suerte que nosotros.

—Y de Emma Leach, ¿qué?

—No está fichada. Pero a lo mejor es interesante. Comunícanoslo.

—«Okay».

Y ahora, estaba allí.

Al volante del coche, contemplando pensativamente aquella especie de callejón maloliente que era la Chester Road.

«¿Es posible que este lugar tenga más de doscientos treinta y siete números?»

Condujo despacio, sobre un criminal empedrado, a lo largo de la calle. Los números comenzaron a desfilar ante él. Casi todas las casas eran muy antiguas, de fachadas estrechas y mucho fondo, lo que hacía que en cada manzana hubiera doble número de viviendas de lo que hubiese sido normal. Al llegar al doscientos treinta y siete, Leonard echó el freno y bajó del coche.

Olía a humedad. El clásico olor de los puertos antiguos, donde el agua se estanca y se llena de desperdicios y petróleo. Un olor penetrante, que casi parecía teñir de negro los edificios.

—Por favor...

Una mujeruca que barría parte de la acera se le quedó mirando como si fuera un ser venido de otro mundo.

—No —fue todo lo que dijo.

Bonito principio.

Leonard alzó las dos cejas, burlonamente.

—¿No?

—No tengo ganas de decirle nada, si es eso lo que quiere. Estamos hartos de que la Policía pregunte continuamente.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

La mujer alzó la cabeza, y se le quedó mirando durante un largo momento. Un larguísimo momento, que a Leonard Wiggins se le antojó casi un siglo.

Luego, la mujeruca, que tenía la cara casi cubierta por unas desmadejadas greñas grises, dijo:

—Que usted huele a policía a cien millas.

Y volvió a su barrido.

Leonard alzó los hombros.

—Al menos, dígame si vive aquí una tal Emma Leach.

La escoba detuvo un momento el ir y venir sobre las desiguales piedras de la acera.

Y Leonard se sintió atravesado por dos ojos penetrantes como agujas de hielo.

—Vaya —fue todo lo que dijo la mujer.

—¿La conoce?

Ella se limitó a señalar con la barbilla el interior del sucio portal.

—Llame. A lo mejor le contesta.

Por llamar no se perdía nada. Leonard Wiggins pasó ante la mujeruca, penetró en el porta! y se detuvo unos momentos, en medio de la penumbra, tratando de distinguir algo en medio de aquella sucesión de planos y masas de color negro que de pronto se encontró ante sí.

El portal estaba increíblemente sucio. Algún chiquillo había volcado, jugando, uno de los cubos de basura. Las moscas revoloteaban en torno a los desperdicios, a las pieles de tomate y de patata, a las cáscaras de la fruta y de los huevos...

Olía infernalmente.

Leonard se metió hasta el fondo, donde distinguió una hilera de cosas claras colgadas de la pared. Eran los buzones correspondientes al piso.

Miró, encendiendo el mechero para poder leer los nombres de los inquilinos.

«Emma Leach. 4.º derecha».

Bueno.

Se acercó hasta el fondo. Toda aquella sucesión de planos, de masas y bultos, no eran otra cosa que cajones vacíos, amontonados allí de cualquier forma, como si la mitad de los vecinos hubieran decidido deshacerse de todas sus cajas y envoltorios inservibles, al mismo tiempo.

Al fondo, se encontraba el ascensor. Una especie de jaula metálica con un revelador cartelito colgado en la puerta:

«No funciona».

La cosa seguía bien.

Respiró hondo, se decidió, con un suspiro, y comenzó a subir escalones, uno detrás de otro, hasta alcanzar el cuarto piso. Allí, buscó la puerta derecha.

Una puerta como las demás.

Aunque incluso parecía más mugrienta que las demás.

Pulsó el timbre.

El timbre no funcionaba.

Aquella parecía la casa de las desgracias. Con un suspiro de resignación, Leonard alzó la mano y golpeó por tres veces la hoja de madera.

Hubo un instante de silencio.

Luego, al otro lado se percibieron unos pasos arrastrados, como de persona que está cansada. Y luego, la puerta se abrió hasta que chocó con el tope de la cadenita de seguridad.

Un rostro femenino apareció en la rendija.

—¿Qué quiere?

La voz era ligeramente pastosa. Como de una persona con resaca.

—¿Emma Leach?

—No está.

Y trató de cerrar.

Pero antes de que hubiera podido conseguirlo, Leonard metió el pie en la rendija y metió al mismo tiempo la mano con la consabida chapa del Bureau.

El rostro femenino pareció aclararse de pronto, pasársele la resaca e incluso pasársele cualquier otra cosa que hubiera sentido en aquellos momentos. Abrió la cadenita de seguridad y se hizo a un lado.

—Pase. Pero Emma no está. Yo soy su compañera de piso. Me llamo Lidia.

—Me llamo Leonard.

Lidia sonrió. Estuvo durante cerca de dos minutos mirando a Leonard, mientras el agente examinaba atentamente la reducida estancia en que se encontraban. Todo era sórdido y miserable, tan sórdido y miserable como el exterior. Los muebles, muy gastados, daban la impresión de ir a derrumbarse de un momento a otro junto con las paredes del edificio. Cuatro o cinco cuadros, colgados por las paredes, mostraban sus marcos llenos de polvo y el mal gusto de las litografías baratas. Al fondo, una puerta llevaba a un revuelto dormitorio.

A juzgar por el modelito que llevaba encima, Lidia había salido de aquel dormitorio. Porque apenas si se cubría con una mugrienta bata que en sus tiempos debió ser incluso elegante, pero que ya solo era una pura ruina.

—Lidia.

Ella seguía embobada mirándole. Como si no hubiera visto un hombre en su vida.

—Lidia.

—¿Sí?

—¿Tardará Emma en volver?

Había ido en busca de Emma. Lidia hizo un gesto de desencanto, como si hubiera preferido ser ella la buscada por el F. B. I. En realidad, Lidia parecía haber separado cuidadosamente las dos personalidades de Leonard: el hombre y el agente. Y miraba al hombre con aspecto arrobado.

—Pues, no sé. Es posible que sí. Ella suele tardar una vez que sale.

—¿Tiene muchos amigos?

—¡Uf!

—¿A qué se dedica?

Hubo un momento de silencio. Lidia, durante él, fue hasta el dormitorio y se quedó mirando el espejo que había casi enfrente de la puerta. Leonard la vio suspirar.

Probablemente, Lidia hubiera sido hermosa de no llevar aquella clase de vida.

—Emma hace «strip-tease».

—¿Y usted?

Hubo un pequeño relámpago en los ojos femeninos. Leonard lo distinguió perfectamente a través del espejo.

—Donde Emma Leach hace «strip-tease», nadie quiere ya a ninguna otra.

Y se volvió de pronto, sin preocuparse de cubrir todo lo que había comenzado a enseñar.

—¿Soy hermosa, agente?

Leonard no tuvo valor para decirle que no.

—Claro.

—¿Muy hermosa?

—Debes gustar mucho a los hombres.

Lidia soltó una seca risa.

—¡Gustar a los hombres! ¡Donde está Emma, ella es la única que gusta... siempre!

Y Leonard Wiggins hubiera jurado que ella estaba ahogando un sollozo entre los dientes apretados.

—Dime dónde puedo encontrarla, Lidia.

—¿Es para algo importante?

—No —mintió—. Pero necesito unos informes que solo ella puede proporcionarme.

Lidia se alzó de hombros, anudó nuevamente su bata y regresó al cuartucho donde Leonard se encontraba.

—Emma anda siempre por ahí. Con unos y con otros, ¿entiende? Tiene dinero, se compra buenos trajes, se permite el lujo de que la lleven a fiestas y a sitios caros...

Aquello no cuadraba con su miserable vivienda.

—¿Por qué entonces vive en un sitio tan barato como debe ser este?

Lidia rio.

—Pregúnteselo a ella. A lo mejor se lo dice.

—Eso haré. ¿Dónde la puedo encontrar?

—Tiene actuación todas las noches en «Boreal's». Un sitio elegante.

—Gracias.

Se dirigió hacia la puerta, caminando con su peculiar elasticidad gatuna. Por unos instantes, mientras seguía sus movimientos en dirección a la puerta, los ojos de Lidia se llenaron de algo extraño y gelatinoso, y una lágrima pareció quedar suspendida en el borde de sus pestañas.

—Leonard.

Leonard Wiggins se detuvo en la puerta, sorprendido. Cuando la miró, ella parecía estar pidiendo socorro a gritos.

—¿Sí?

Dos pasos y estaba a su lado. Un solo paso más, y ella le había pasado los brazos por detrás del cuello, colgándose materialmente de él.

Olía a alcohol.

—Bésame.

No tuvo fuerzas para decir que no.

Pero se marchó rápidamente, después de hacerlo, sintiendo por primera vez en mucho tiempo que algo había comenzado a anudársele en la boca del estómago.

* * *

«Boreal's» era un sitio caro.

No demasiado lujoso, pero caro.

Entró, haciéndose el despistado, mirando a todos lados como si buscara a alguien. Un camarero se le acercó, solícito.

—¿Desea el señor alguna mesa, o tiene reserva el señor?

Al otro lado de la pista, tras una mesa, había un rostro. Leonard sonrió entre dientes. Pareció la sonrisa de una pantera negra.

—Gracias. Me esperan.

Y cruzó decididamente el local, de cuatro largos pasos, para inclinarse ante aquella mesa.

—Buenas noches, Ana Sherman.

Ana Sherman, radiante dentro de su vestido color naranja, le sonrió.

—Hola, Leonard. Ya te dije que volveríamos a vernos... en Nueva Orleans.

—Pareces muy segura de ti misma. ¿Esperas a alguien?

—Te espero a ti.

«Te espero a ti».

De pronto, en el cerebro de Leonard Wiggins había comenzado a destellar aquella lucecita roja intermitente que era la señal de peligro que su sexto sentido le enviaba.

Pero:

—¿Me puedo sentar?

—Claro.

—Eres muy amable.

Y ella alzó en dirección a él su copa de champaña.

—Solamente... interesada. No eres hombre que se pueda olvidar con facilidad.

—Además de amable eres una golfa, Ana.

Ella, por toda respuesta, rio.

Una risa, sin embargo, demasiado forzada. Como si no tuviera el menor deseo de reír.

—Somos dos golfos, Leonard. ¿Lo dejamos así?

—Lo dejamos así.

El ambiente, en torno, era completamente adecuado a que una pareja pudiera besarse y hacer otras cosas sin que el vecino se sintiera molesto con ello. Allí dentro apenas si se veía, salvo unos cuantos puntos de luz, de color rojo, que contribuían a convertir la oscuridad en lóbrega penumbra.

—¿Has venido a divertirme, Leonard?

—He venido a trabajar. Pero puedo trabajar contigo a mi lado. Resultará más agradable.

Ana rio y bebió de nuevo. Parecía satisfecha por la presencia allí del agente.

Luego:

—Bésame.

Todas parecían aquejadas del mismo mal. Solo que besar a Ana Sherman resultaba mucho más agradable que hacerlo con Lidia.

Leonard no se hizo de rogar.

Las luces, en torno a ellos, seguían siendo rojas. Casi nulas.

Ni Leonard ni Ana les hicieron el menor caso durante un largo rato.

Justamente hasta que salió un locutor a anunciar que iba a comenzar el programa de atracciones.

* * *

Era Emma Leach.

Tenía los ojos negros, el cabello más negro todavía, la piel muy blanca.

Ana, muy pegada a Leonard, murmuró:

—No me gusta.

A Leonard sí le gustaba.

Emma Leach tenía todo aquello que una mujer puede tener, pero además lo tenía distribuido de una sapientísima forma por la madre naturaleza. Incluso en medio del «strip-tease», ella no necesitaba truco alguno para demostrar que sus formas eran perfectas.

Ana se dio cuenta.

—Te gusta.

—Toda obra de arte siempre merece ser admirada.

—Te gusta más que yo.

—No te pongas tonta.

Emma Leach, además, sabía moverse.

La clientela masculina estaba con la boca abierta, esperando alguna otra cosa.

Emma Leach hizo una reverencia y desapareció por la puerta del fondo.

Ellos aplaudieron a rabiar.

Ellas se mantuvieron inmóviles.

Leonard se puso en pie, sin quitar los ojos de la puerta por la que había salido Emma Leach.

—Tengo que hablar con ella un momento. ¿Me esperas aquí?

—Sí.

—Está bien.

Se dirigió hacia la puerta del fondo, rápidamente. A un camarero que trató de cortarle el paso le metió bajo la nariz su credencial del F. B. I. El camarero pareció arrugarse, dijo algo entre dientes que ni siquiera se entendió, y luego le dejó pasar.

Leonard se encontró en un largo pasillo, mal alumbrado con cuatro o cinco bombillas que apenas si servían para convertir la oscuridad en mala penumbra.

Avanzó.

Despacio, con la mano cerca de la solapa izquierda de la chaqueta.

(Por si acaso).

Y:

—Emma.

El silencio le respondió.

El pasillo en aquellos momentos se encontraba en silencio. Casi a oscuras, Leonard avanzó despacio, sin hacer el menor ruido.

Al fondo, en el recodo, había una luz.

Esperó un instante.

En medio del silencio, por un momento, se percibió un pequeño ruido. Un gemido ahogado, una voz que decía algo que no llegó a entenderse...

Un rumor de algo que cae.

Durante el primer momento, Leonard se mantuvo quieto, esperando

averiguar el sitio del que provenía aquel rumor. Luego, un nuevo rumor llegó claramente hasta él, y entonces echó a correr en aquella dirección.

Antes de que pudiera llegar, un gemido de agonía llenó el pasillo.

Y unos pasos, alejándose en dirección contraria a la que él llevaba.

—¡Emma!

Nadie respondió.

—¡Emma!

Al fondo, aquella puerta tenía el nombre puesto, en una pequeña placa.

«Emma Leach».

Su camerino.

Leonard Wiggins empujó de un golpe, sin pedir permiso, y se detuvo en el umbral.

—Emma.

Ella no podía verle ni escucharle, y mucho menos responder a su llamada.

Estaba muerta, naturalmente.

IV

A PUÑALADA

Durante unos momentos, Leonard se mantuvo en la puerta del camerino, contemplando aquel cuerpo que unos minutos antes había visto lleno de vida y de belleza.

A menudo, en su profesión, pasaban cosas como aquella.

Pero nunca era agradable ver a nadie muerto, máxime si se trataba de una mujer hermosa y joven como aquella.

Despacio, rodeó el cadáver, observándolo con detenimiento. Sabía que acababan de matarla, pero sabía también que hubiera sido absolutamente inútil tratar de perseguir a su asesino. Había tenido tiempo suficiente para llegar al otro lado de la ciudad.

No obstante, cruzó el camerino y se asomó a la puerta abierta que había al otro lado.

Daba a un lóbrego callejón.

A un muy lóbrego callejón.

Desierto, naturalmente.

Suspiró, volviendo al interior de la habitación.

Un camarero asomó un instante la cabeza por la puerta. Tenía ojos abúlicos de besugo.

—Señorita Leach, ¿necesita alguna co...?

Se quedó callado durante un segundo, emitió después un leve gorgoteo, y comenzó a devolver apoyado en el mismo dintel de la puerta.

Leonard ni siquiera le hizo el menor caso.

Seguía mirando el cuerpo de Emma Leach, tendido en medio de su camerino, en un charco de sangre. Apenas si se hallaba cubierto con una bata rosa, abierta de arriba abajo por efecto de la caída y probablemente también de la lucha con el asesino. Entre los dos senos sobresalía el mango de un cuchillo. Leonard hubiera podido jurar en aquel momento que no había ninguna huella dactilar en semejante arma.

—Deje de hacer el idiota y permita el paso, oiga.

Una voz femenina.

Incluso antes de que apareciese en su campo visual, Leonard sabía que se trataba de Ana Sherman.

—Vete, Ana. Esto no...

—Vaya. La mandaron al otro barrio, ¿eh?

No tenía un vocabulario demasiado selecto para ser tan rica como aparentaba.

Suspiró.

—Ya que te lo tomas de semejante forma, avisa a la Policía, ¿quieres? Y a la oficina del F. B. I. Andando.

Ana salió corriendo, como si aquello fuera solamente un divertido juego o la experimentación de semejantes emociones le produjera un gran placer. Leonard, mientras, se inclinó un instante sobre el cadáver.

Sabía que acababa de esfumarse su única pista. Muerta Emma Leach, tendría que trabajar a ciegas en una ciudad desconocida, echando mano de los ficheros de la Policía, de los del F. B. I. y volviéndose loco probablemente, porque aquel era uno de los más pesados trabajos que podían tocarle a cualquiera. Y también uno de los menos seguros. Ver fichas y fichas casi nunca llevaba a ninguna parte cuando no se tenía otro punto de referencia que ver qué sale por casualidad.

Ana volvía.

—Ya he llegado, amor. Oye, ¿murió instantáneamente?

No parecía asustada en absoluto por la proximidad de la sangre. Leonard pensó si aquella mujer tenía un pedazo de corcho en lugar del corazón o era lo suficientemente estúpida como para no darse cuenta de que habían asesinado a un ser humano.

—Ana, linda, será mejor que te marches. Dentro de poco, este lugar va a ser lo menos apropiado para una señorita que te puedas imaginar.

Le miró, frunciendo los labios.

—¿Dónde te espero, amor?

—En el Congo —gruñó entre dientes.

—¿Cómo dices?

—Nada.

Y le dio la dirección del hotel y la llave de la habitación. Ana le tiró un beso al aire y se marchó rápidamente, mientras el camarero seguía devolviendo como si no tuviera nada mejor que hacer.

Leonard, rápidamente, comenzó a mirar todo lo que había en la habitación, sobre el tocador, encima de las sillas, junto al biombo...

Emma poseía un buen surtido de cremas de belleza, «rímel» para los ojos o sombras plateadas, «eye-liner» y otras porquerías semejantes para cambiarse la cara. Sin tocar nada ni cambiar nada de sitio, Leonard comenzó a abrir los cajones.

Ropa interior. Más cremas. Lápices para los ojos, casi todos sin punta.

Dos barras de labios gastadas y una pequeña agenda con tapas de hule negro.

«Hum».

Aquello podía ser interesante. Pero si caía en manos de la Metropolitana, no había nada que hacer.

«Después de todo, quien llega primero tiene derecho al botín».

Antes de que hubiera terminado aquel pensamiento, la agenda estaba en su bolsillo, luego de una rápida, fulgurante ojeada. Se encontraba llena de direcciones y teléfonos. Al menos, era un pequeño cable donde asirse luego de haber perdido el anterior.

La ropa se encontraba ordenadamente dispuesta en el ropero. Trajes de noche, algunos trajes de calle, ropa interior, vestidos de actuación—apenas dos piezas de «bikini» con lentejuelas—, algún par de zapatos...

Y una caja.

Durante un momento, Leonard miró aquella caja, envuelta en papel, colocada cuidadosamente en el último rincón del ropero. El tamaño era igual al de la recibida por Keating. Y también la clase del papel era idéntica.

Usando su pañuelo para no dejar huellas en la superficie del envoltorio, alargó la mano y tomó la caja.

Tenía escrita una dirección.

«Stewart Keating, 92 Lincoln Avenue, Montgomery».

«Vaya».

Pero, en cambio, no tenía remite.

* * *

Janssem parecía bastante contrariado. Se había hecho la ilusión de pasar una noche tranquila, viendo la televisión, pero la intempestiva llamada del Departamento había terminado con sus ilusiones. Aquella era probablemente la razón de que pareciese un perro de presa en el momento de ir a morder a alguien.

—¡Wiggins! ¿Se puede saber qué...?

Se quedó en la puerta, mirando.

Leonard Wiggins había optado por sentarse, de frente a la puerta, y había encendido cuatro cigarrillos antes de que comenzara a llegar la Policía. En aquel momento, se terminaba el cuarto. Lo aplastó contra el cenicero de porcelana que tenía a su lado, se levantó, y dijo:

—Ya ve. Un muerto. Bueno, una muerta.

Y Janssem comenzó a averiguar por sí mismo de qué forma aquel tipo era desconcertante y se salía siempre por la tangente cuando uno menos lo esperaba.

—¿Quién es?

—Emma Leach. No me diga que nunca la vio actuar.

—No.

—Se perdió una gran cosa.

Janssem hubiera respondido una inconveniencia de no llegar en aquel momento el sargento Athens de la Metropolitana, con el mismo gesto de un general romano a la cabeza de sus legiones.

—¡Oiga, Wiggins, otra vez que llame por teléfono, encargue a otra persona el trabajo! ¡Esa chica se puso a coquetear con el telefonista de guardia en vez de darle inmediatamente la dirección!

Leonard suspiró y no replicó nada.

Medio minuto después, el camerino de la difunta Emma Leach parecía una casa de locos, donde todos hablaban al mismo tiempo y nadie se entendía.

Llegaron los peritos fotógrafos de la Brigada de Homicidios, comenzaron a sacar fotografías de todo, echaron fuera a la mitad de la gente que para entonces había dentro, y Leonard se encontró de pronto en el pasillo, junto a Janssem y Athens, que mordía un largo cigarro negro sin encender.

—De forma que vino desde Montgomery para hablar con ella.

—Sí.

—Mucha casualidad que la hayan matado PRECISAMENTE cuando iba a hacerlo, ¿no?

Leonard suspiró. Era cierto.

—Sí —dijo de nuevo.

Athens parecía atacado por la fiebre de parecer inteligente.

—¿No le parece que hay algo raro en todo esto?

—Sí.

Y pensó que el otro había descubierto la pólvora.

Finalmente, los peritos del departamento de fotografía terminaron su trabajo y se marcharon con sus cámaras a cuestas para empezar el revelado. Entonces, la ambulancia entró en funciones, y el cuerpo fue sacado en una camilla, cubierto con una sábana que comenzó a mancharse de sangre inmediatamente. La gente que se encontraba en el interior del establecimiento había comenzado a arremolinarse: la llegada de la Policía nunca suele ser de incógnito. Los agentes de la Metropolitana habían comenzado a registrar a los presentes, buscando algo que ni siquiera sabían qué era.

—No encontrará nada —dijo Leonard, haciendo un guiño a Janssem— Creo, Athens, que el asesino no iba a ser tan estúpido como para quedarse en la sala. Ahora, si no tiene nada que oponer, me marchó.

—¿Tiene una cita? —preguntó abruptamente.

Leonard sonrió de oreja a oreja.

—Sí.

Lo dejó con la boca abierta y se marchó tranquilamente, seguido por la zumbona sonrisa de Janssem.

Afuera, en la calle, las luces de neón se recortaban contra el fondo negro de la noche.

De cuando en cuando cruzaba un automóvil.

Leonard se detuvo en el borde de la acera, buscando un taxi. Ana se había llevado su coche.

«¿Se ha llevado mi coche?»

Tal vez Ana hubiera llegado en taxi hasta «Boreal's».

«¡Al diablo! ¡Voy a decirle a esa estúpida, de una vez por todas, que me deje tranquilo!»

Comenzó a caminar, con las manos en los bolsillos, a través de la vida nocturna de la ciudad. No había demasiada gente en torno, y pasear resultaba incluso agradable a aquella hora de la noche. Corría una brisa fresca, procedente del mar, y olía a humedad. Pero era un olor muy distinto el que se percibía en el miserable barrio portuario donde vivía Lidia.

Dobló una esquina, encontrándose en una calle de menos tránsito. Dos de los faroles de aquella calle se encontraban fundidos.

Anduvo seis pasos, tranquilamente.

Entonces.

Algo sonó a su espalda.

El motor de un coche.

Cualquier otro que no hubiese sido Leonard en aquellos momentos, hubiera pensado que es normal sentir el motor de un coche que enfila una calle.

Pero Leonard encontró algo en aquel motor.

Iba demasiado despacio.

Habitualmente, cuando es de noche, los coches circulan a mayor velocidad, porque tienen menos impedimentos por delante para correr. Sin embargo, aquel coche enfiló muy despacio la entrada de la calle... y tampoco por el sonido parecía que fuera a parar.

Leonard volvió un momento el rostro.

El automóvil venía con las luces apagadas.

«Una trampa».

En una sola fracción de segundo, el cerebro de Leonard percibió todo cuanto había en torno, y las posibilidades que tenía de salir con bien de aquel asunto.

Frente a él, al otro lado de la calle—que no era demasiado ancha y solo tenía circulación en una dirección—, había un portal que podría ser un buen sitio para refugiarse. Pero llegar hasta allí significaba cruzar a la carrera por delante del coche... y provocar el balazo seguro.

En la acera por la que circulaba, sin embargo, no había otra cosa que

una larga tapia sin recovecos. Podían «plancharlo» contra aquella pared casi sin esfuerzo alguno.

«Bueno, allá vamos. No creo que haya mucho donde escoger».

No lo había, realmente.

Metió la mano bajo la solapa izquierda de la chaqueta. Sintió el frío contacto del revólver de reglamento, y aquello le dio un poco más de confianza en sí mismo.

Esperó un segundo más.

El coche seguía avanzando despacio, despacio, despacio...

Por una de sus ventanillas asomó de pronto un brazo armado. Una mano enguantada sostuvo, en su dirección, una pavorosa automática.

Leonard ya no lo dudó más.

Saltó, todo lo rápidamente que pudo, cruzando ante la negra sombra del coche que de pronto se le echaba encima en brusca arrancada. Percibió, como en medio de un sueño delirante, la ahogada exclamación de alguien que iba dentro del coche, posiblemente del de la pistola. Porque al cruzarse, rápidamente, en dirección a la acera contraria, se colocó en posición ideal para que le disparasen... por la ventanilla contraria a la que ocupaba el de la pistola.

El conductor, rápidamente, enderezó el rumbo.

Leonard se encontró con que el coche se le venía encima como un bolido.

Fue igual que correr el Marathon, solo que la apuesta era la propia vida.

Segundo a segundo, durante el centelleante momento que duró la carrera, Leonard sintió crecer tras de sí el ronquido del coche, tuvo la sensación de que el aire había comenzado a desplazarse a ambos lados, que el sonido cambiaba, para quedar reducido únicamente a aquella sensación del motor que se acercaba, de la masa del coche, que vibraba a impulsos del acelerador...

El portal.

Y, de pronto, el disparo.

El balazo levantó esquirlas del muro que tenía ante él. Un segundo disparo arrancó una astilla al dintel de madera carcomida del portal.

«¡...! ¡Maldita la gracia que me hace esto de jugar a Eliot Ness!»!

Como una siniestra apisonadora, el coche estaba materialmente encima.

Leonard, durante una fracción de segundo, pudo ver perfectamente aquella mano, que se había cambiado de ventanilla, esgrimiendo la automática en su dirección.

Pero ni siquiera había tiempo para repeler la agresión. Por el momento, pese a que tuviera el revólver en la mano, lo más importante era meterse a toda prisa en el portal para evitar que lo convirtieran en un colador.

Entonces, aquello sucedió.

Del interior del portal, justo en el momento que Leonard lo alcanzaba, brotó un disparo.

Y por un solo instante, Leonard Wiggins se encontró entre dos fuegos.

«¡Lo que me faltaba!»!

Al momento siguiente, una sombra había surgido frente a él, y en medio de la oscuridad del portal el agente pudo percibir el brillo de un revólver. Sintió después la presión de una mano, que tiraba de él hacia adentro. Antes de que hubiera podido comprender aquella incongruencia, la pistola que había visto brillar en la oscuridad disparaba... hacía el coche perseguidor.

Hubo durante un momento un largo chirrido de reumáticos sobre el asfalto. Leonard, rápidamente, secundó la intención de aquel desconocido salvador. Alargó el brazo armado, sacándolo lo suficiente por el portal para llegar al coche, y disparó tres balas en rápida sucesión.

Un momento después, con un brusco viraje, el automóvil se había perdido por la más cercana esquina. Leonard se lanzó rápidamente tras él. Pero apenas llegó a tiempo de ver cómo doblaba la siguiente esquina, en medio del dédalo de callejuelas que comenzaba allí.

Era tarea de tontos seguirlo.

Suspiró. Volvió despacio hacia el portal. Se quedó mirando al hombre que salía en aquel momento de él, con el revólver aún en la mano.

—Me ha salvado la vida.

—Psé.

—¿Quién es usted y por qué lo hizo?

El otro alzó los hombros, se guardó el arma entre los pantalones y el cinturón, y repuso únicamente:

—Me llamo Welcher y le esperaba.

—¿Me esperaba?

—Para hablarle de Stewart Keating.

VAYA.

Se rascó pensativamente la cabeza, repuso en el tambor del arma los tres proyectiles gastados, y dijo:

—¿Cómo ha podido localizarme?

—Vi una vez su fotografía en un periódico. Cuando volvió del Vietnam y el presidente le impuso aquella condecoración. La Estrella de no sé qué.

—La Estrella del Valor. Una propaganda como otra cualquiera. Era preciso decir que también el F. B. I. va a la guerra.

Welcher soltó entre dientes una risa.

—Hoy ha dado la casualidad de que estaba en «Boreal's» cuando han matado a esa chica. De forma que me he salido, esperando que saliera usted.

Seguían los dos quietos en el callejón, en medio de la oscuridad. Leonard indicó con la cabeza cedían caminar hacia el extremo de la calle, hacia la avenida mejor iluminada por la que seguían circulando coches de cuando en cuando. Anduvieron despacio, como dos amigos que pasean.

—¿Y bien, Welcher...? ¿Qué rayos pasa con Keating?

—Está metido hasta el cuello en el asunto de las drogas y demás. Ya sabe, heroína y todo lo otro.

Leonard arrugó el ceño.

(Sin embargo, el propio Keating había denunciado la llegada de aquel paquete. ¿Era todo un «bluff» para quedar a salvo de sospechas?)

—Welcher, no entiendo nada de esto. Se lo juro.

—Es muy sencillo. Aquel comerciante de Dothan era mi hermano.

Era ir de sorpresa en sorpresa. Leonard arrugó el ceño y se detuvo en el borde de la acera, en la confluencia de la calleja con la avenida principal.

—¿Su hermano?

—Estaba metido hasta el cuello en una organización de distribución de drogas. Sabía lo que decía, cuando convocó aquella conferencia de Prensa y anunció que iba a hundir a Keating. Solo cometió el error de decirlo.

Debió hacerlo sin avisar, pero le gustaba la publicidad.

Leonard le contempló atentamente unos momentos. Welcher era un tipo corriente, que no hubiera llamado la atención en ninguna parte. Era de mediana edad y de mediana estatura, tenía los ojos oscuros y llevaba el cabello gris, cortado en cepillo. Usaba ropas de confección, no demasiado caras, y llevaba una corbata de muy mal gusto.

Hubiera podido pasar por el tipo «standar» de americano medio en cualquier parte.

—Welcher, ¿por qué no ha dicho eso antes a la autoridad competente?

—Lo he pensado durante cuatro meses. Lo he pensado mucho, se lo aseguro. Pero sé que mi hermano fue muerto precisamente porque trató de decir todo aquello que no debe ser dicho, y yo no quería que me ocurriera otro tanto. Lo único que haré, ahora, será entregarle a usted la prueba que mi hermano iba a aportar. Y usted se guardará muy bien de decir que se la he dado yo. Es el trato.

Resultaba lógico que pusiera aquella condición. Leonard asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien, Welcher. ¿Qué más?

—Se trata del diario comercial de mi hermano. Donde anotaba los envíos, y el remite de los que le enviaban la mercancía. Creo que podrá atrapar usted a media organización con todas las direcciones que tiene en su libro.

—¿Keating está entre ellos?

—Sí.

Suspiró. Seguía sin verlo claro.

—De acuerdo. Nos veremos mañana. ¿Dónde le espero?

—En el mismo «Boreal's». Por las mañanas solo es una pacífica cafetería.

—«Okay».

—¿A las diez?

—A las diez, Welcher. Y gracias de nuevo.

Leonard le dio la espalda y comenzó a alejarse, hacia la avenida, en busca de algún taxi. Pareció de pronto recordar algo y se volvió.

Welcher seguía en el mismo sitio donde lo había dejado.

—Welcher.

—¿Sí?

—¿Tiene usted permiso de armas?

Por toda respuesta, Welcher emitió una leve sonrisa y no dijo nada.

Leonard comprendió aquel gesto.

—No la traiga mañana. Es un consejo.

Y le dejó definitivamente.

Ana estaba indolentemente tumbada encima de la cama. Leonard entró como un ciclón, sin siquiera mirarla, se fue derecho a la ducha, dejó que comenzara a correr el agua, y mientras se desnudaba, a través de la puerta entornada, escuchó la voz femenina:

—Eres muy ingrato, amorcito.

Suspiró. La verdad es que sus nervios aquel día estaban sometidos a una presión mayor de la normal.

—He pasado un día muy agitado, Ana. ¿Por qué no te duermes, como una buena chica, y me dejas...?

Y se metió bajo la ducha. Aquel agua templada era un auténtico placer de dioses.

Ella rio.

—Bueno, después de todo también los agentes del F. B. I. tienen derecho a sentirse cansados y malhumorados cuando terminan el trabajo de cada día. ¿Sabes que tu actitud me recuerda mucho a la de cualquier respetable padre de familia?

—Bueno.

Y siguió duchándose, mientras su cerebro comenzaba a funcionar.

A menudo, Leonard había escuchado cosas extrañas de la gente. Un amigo suyo le había dicho en determinada ocasión que la famosa Agatha Christie pensaba sus novelas en el baño, con una ristra de manzanas puesta en el borde. Del baño y el correr manzanas solían salir sus asesinatos perfectos. En cambio, a Leonard le bastaba con meterse bajo la ducha y pasarse media hora allí, para que sus ideas se aclarasen y pudiera ver nítidamente lo que un momento antes no era sino un montón de confusionismos.

«Veamos: tenemos un montón de piezas de un bonito “puzle” que no hay quien lo encaje».

—¿Encontraste al asesino de la chica?

Ana siempre con sus incongruencias.

Repuso secamente:

—No.

—Qué pena. Parecía tan guapa y tan joven...

«Parecía». Una sutileza femenina dictada por la envidia que toda mujer hermosa siente inmediatamente hacia otra mujer hermosa.

Leonard añadió:

—No encontré a su asesino, pero me tirotearon desde un coche y estuvieron a punto de matarme.

—¡Oh...!

Y con aquel gritito de susto, Ana se llevó una mano a la boca y se le quedó mirando con mucho más gesto de terror que había utilizado para contemplar el apuñalado cuerpo de Emma Leach.

—¿Te... te hicieron algún daño, cariñito?

—¿Pues no ves que no?

Decididamente, aquella mujer era una estúpida integral.

(La ventaja de casi todas las estúpidas integrales que Leonard se había encontrado a lo largo de su vida, es que siempre eran hermosas: Y, además, fáciles de conquistar).

«Veamos: decía que tenemos un bonito “puzle” para ordenar. Un senador que nos llama, una chica a la que asesinan, un paquete con el remite de dicha chica, el hermano de un comerciante que afirma poder enjaular al senador para el resto de sus días...»

Ni dos horas debajo de la ducha hubieran podido aclarar aquel panorama.

Y mucho menos con Ana allí, igual que un pequeño gatito mimoso esperando una caricia.

Mirándola fríamente, Ana Sherman era todo exterior y nada debajo. Leonard estaba seguro de que bajo su hermosa cabecita ni siquiera había un poco de serrín. Pero resultaba agradable, y en determinados momentos nadie pide una licenciada en ciencias químicas, sino una chica agradable.

Optó por dejarlo todo para el día siguiente. Incluso mirar la agenda de Emma Leach. Todo aquello formaba parte de su trabajo. Al diablo el trabajo.

—Ana.

—¿Sí, querido?

Estaba a su lado, y le miraba de aquella forma que sabía ella, entornados los ojos, los labios ligeramente fruncidos como si esperase el beso.

—Ana, será mejor que mañana te... te...

—¿Me...?

—Te marches. Seguir a mi lado es peligroso.

Ella hizo un mohín de disgusto y se le quedó mirando. Leonard fue hasta el extremo contrario del cuarto, abrió el pequeño mueble-bar que había adosado a la estantería de los libros, y sacó una botella de *whisky* y dos vasos. Luego de servirlos, alargó uno a la muchacha.

—Verás, Ana, eres una chica muy agradable y contigo se pasa muy bien. Pero pienso que ya nos hemos conocido suficiente y divertido suficiente los dos juntos. Es mejor que te marches... por tú propia seguridad. A partir de mañana, creo que las cosas se van a hacer un poco más peligrosas para mí.

—¿Todavía más?

—Hasta ahora todo ha sido solamente un pequeño juego de niños. Ahondar demasiado en determinadas cosas suele ser peligroso, y a partir de mañana voy a dedicarme no a ahondar, sino a excavar pozos petrolíferos.

Y pensó en la agenda de Emma Leach, con tantos nombres y tantas direcciones, todas para él solo. Una tarea demasiado peligrosa, añadiéndole la cita con Welcher. Iba a ser un día muy movido.

Alargó la mano para acariciar la garganta de Ana.

Y antes de que Ana Sherman pudiera decir nada, le tapó la boca con la suya.

* * *

Antes de que llegara la hora en que se había citado con Welcher, tenía un largo tiempo para hacer otras cosas. Consultó el reloj. Eran las siete y media de la mañana.

Silenciosamente, Leonard se levantó. Fue hasta la ducha y se echó un poco de agua por encima de la cabeza. Sentíase completamente despejado y dispuesto para la lucha, pero su cerebro seguía igual de oscuro con respecto a aquel maldito asunto.

Salió cinco minutos después, deportivamente vestido, con las llaves del coche en la mano derecha. Dejó una nota para que Ana recogiera sus cosas, la prendió en la lámpara de la mesilla, y salió.

La agenda de Emma Leach, en el bolsillo de su chaqueta, parecía pesar una tonelada de plomo.

Mientras desayunaba en el hotel, se entretuvo en echarle la ojeada que no le había echado el día anterior.

«Stewart Keating. 92, Lincoln Avenue. Montgomery, Al». (1).

Después de todo, era normal que ella tuviera su dirección si ya le había mandado un paquete y pensaba mandarle otro.

Siguió mirando nombres.

«Cliff Deane».

Hum.

Lo dijo en voz alta:

—Hum.

—¿Decía algo el señor?

Era el camarero, que le traía las tostadas. Respingó.

—Nada. Decía «hum», pero no tiene importancia.

—Ah.

Le puso las tostadas delante y se marchó.

Leonard desayunó tranquilamente, mientras seguía mirando la agenda. Todo eran nombres y teléfonos...

Pero aquel nombre se encontraba remarcado con un trazo de lápiz rojo.

«Cliff Deane».

«Bueno. Será cuestión de preguntar».

Y de investigar primero en la propia casa de Emma Leach. Lo que tampoco era demasiada mala idea.

Cerró la agenda de un golpe, se puso en pie sin siquiera terminarse las tostadas, y se marchó a toda velocidad del hotel, antes de que Ana Sherman tuviera ocasión de bajar y lo enredara para todo el día.

VI

SEGUIA siendo el mismo lugar mugriento del día anterior, solo que a la luz de la mañana. A aquella hora, los carros de basura habían comenzado la recogida, y toda Chester Road olía espantosamente mal.

Bien: queremos decir un poco más espantosamente mal que de ordinario.

Leonard se detuvo igual que la vez anterior, ante el 237. Sobre los tejados se veía vagamente un cielo grisáceo, lleno de humo procedente del muelle. Olía también a pescado podrido, y a humedad estancada.

El ascensor seguía sin funcionar.

Subió tranquilamente, en medio del silencio de la mañana. Detrás de algunas puertas comenzaban a escucharse voces, diciendo cosas que no se entendían. En alguna parte, una mujer reñía con alguien que permanecía obstinadamente callado.

Cuarto izquierda.

Llamó.

Durante un larguísimo rato, nadie respondió al otro lado de la puerta. Un silencio absoluto cerníase sobre el piso.

Leonard volvió a llamar.

Entonces, una voz pastosa, muy pastosa, dijo trabajosamente:

—¡No estoy!

La voz de Lidia... al parecer.

Sonrió entre dientes. Una sonrisa amarga como un trago de quina.

Y llamó por tercera vez.

Al otro lado de la puerta hubo un leve arrastrar de pies, y la sensación de que alguien se iba a desplomar de un momento a otro. Luego, el cerrojo fue descorrido, y también la cadenita de seguridad, y el rostro de Lidia apareció en la rendija.

Un rostro adormilado, con los ojos hinchados y una estúpida expresión de vaguedad en todo él.

—Ah... El guapo agente del F. B. I. ¿Se le ha perdido algo por mi casa, pollo?

—Quiero entrar... si me deja.

—¡Oh, sí!

Y se hizo a un lado, dando un traspié, dejando el paso libre.

Aquella mujer estaba en plena borrachera. O, cuando menos, tenía una resaca monumental.

—Lidia, ¿me permite que mire entre las cosas de Emma? Tal vez pueda encontrar algo que me lleve a su asesino.

Lidia soltó una risa y un hipo.

Volvió a reír.

—¿Y para qué diablos quiere encontrar al ase— sino de esa... esa tulipanda? ¿Para hacerle pagar un crimen tan bien cometido como ese?

—Lidia, no debe hablar así.

—¡Je!

Y dando otro traspié, fue hasta el fondo de la pequeña salita que Leonard ya conocía.

Encima de la pequeña mesa redonda que había allí, Leonard vio un vaso sucio y una botella de *whisky* casi vacía. Lidia, con manos ansiosas, se sirvió todo lo que quedaba y lo apuró de un trago.

Dijo entonces:

—¿Sabe lo que ocurrió anoche? ¡Pues que un imbécil, creyendo que Emma estaba viva aún, se presentó buscándola! ¡Con un coche así de largo y una pinta de millonario que...!

Estrelló el vaso contra la pared, haciéndolo añicos. Leonard, nuevamente, no pudo reprimir en lo más profundo de sí mismo un sentimiento mezcla de piedad y repulsa.

—No debía beber tanto, Lidia.

—¡Ja! ¿Qué puede saber usted del motivo por el que lo hago? ¡Ustedes, los puros y sin tacha, se creen con derecho a ponernos como trapos en cuanto tenemos el menor vicio! ¡Anden, y busquen el motivo de cada cosa, y vengan luego a decirnos que nosotros estamos convirtiendo la sociedad en algo podrido y sin valor! ¡Si es que se atreven, háganlo!»

Decididamente, estaba como una cuba completa. Pero por un momento Leonard Wiggins se mantuvo en silencio, y pensó que las cosas nunca eran como parecían, y que había siempre mucho más motivo escondido del que se mostraba a los demás. Igual que en un «iceberg», en que siempre se ve flotando sobre el agua la menor parte de hielo de que se compone.

Suspiró.

—¿Puedo mirar las cosas de Emma?

Lidia parecía a punto de llorar.

—Sí —repuso ahogadamente.

Y cuando Leonard entró en el dormitorio de la chica asesinada, la otra

estalló en un terrible sollozo, al otro lado de la puerta, igual que si la fueran a asesinar a ella.

Leonard, por unos momentos, trató de olvidar aquel lamentable espectáculo, para concentrarse en la búsqueda de algo que Emma Leach pudiera tener en su casa. El dormitorio era pequeño y se encontraba absolutamente revuelto. Posiblemente, las huestes del inefable sargento Athens hubieran pasado ya por allí. Eso quería decir que ya no habría nada de interés allí dentro.

Sin embargo, buscó.

No encontró nada.

Solamente prendas interiores sueltas por todas partes, alguna que otra caja de cosméticos, media docena de trajes más o menos de mal gusto, ningún libro y varias fotografías—siempre de hombres—con apasionadas dedicatorias.

Desalentado, Leonard Wiggins volvió a salir.

Lidia parecía estar esperándole. Se había sentado, con los brazos cruzados sobre la mesa, y le miraba estúpidamente. Leonard comprendió que para ella todo se estaba moviendo en aquel instante, como si girase.

—Qué, guapo mozo. ¿No encontraste nada?

Había pasado del usted al tú. Pero probablemente ni se diera cuenta de ello.

Suspiró.

—No. Gracias por permitir que buscara. ¿Estuvo antes la Policía?

—Puah.

—¿Estuvo o no?

—Claro que no.

Vaya. Era una sorpresa.

Pero eso quería decir que Emma Leach no se dedicaba a guardar en su casa ninguna clase de «mercancía». Su centro de operaciones, por tanto, era «Boreal's». O algún otro sitio semejante.

—Lidia.

—¿Mmmm?

—¿Conocías a algunos de los amigos de Emma? Quiero decir, a sus «flirts», a los hombres con los que salía.

Ella alzó los hombros.

—Claro.

—¿Sabes quién es Cliff Deane?

Lidia, por unos momentos, se mantuvo quieta, pensando. Moviéndose lentamente la cabeza, alzó los hombros y dijo finalmente:

—No.

—Gracias de todos modos.

Se dirigió hacia la puerta.

—Eh, pollo.

Se volvió.

—¿Sí, Lidia?

—¿Te vas sin darme un beso?

En esta ocasión no se sintió realmente con valor para hacerlo. Sonrió, agitó la mano sin retroceder, y dijo:

—Otro día. Ahora tengo prisa.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Lidia comenzó a murmurar entre dientes cosas incoherentes:

—Prisa, prisa... Bueno, y si tiene prisa a mí no me importa... Pero no le gusto. No gusto a ningún hombre, ¡a ninguno...! ¿Por qué diablos he nacido entonces...? Buena faena me gastaron mis padres, buena faena. Si pudiera cogerlos ahora...

Pero al mismo tiempo se dirigió vacilante hacia el teléfono y marcó un número.

—Deane.

Al otro lado, alguien respondió algo. Lidia esperó un momento, y luego sonó otra voz.

—Deane, ha venido un ti-ti-po del F. B. I. y me ha preguntado si le conocía. Está investigando la muerte de Emma. Buscaba algo en el piso. ¿Le sirve la información...? Bueno, espero que... que sepa... recompensarme. Se me ha terminado el dinero para...

Un «clic» al otro lado le indicó que Deane había colgado. Se quedó mirando el auricular, como si no lo entendiera, y luego lo dejó de cualquier manera sobre la horquilla.

—Vaya educación. Ni siquiera me ha dado las gracias.

Y se marchó, dando traspiés, hacia la cama.

* * *

Janssem no tuvo el menor inconveniente en darle la información que necesitaba. De aquella forma, Leonard se enteró de que Cliff Deane regentaba uno de los Bancos más importante de Nueva Orleans.

«Vaya. Emma picaba alto, por lo que parecía». O...

«¿Tiene Deane algo que ver con el jaleo de la droga?»

No hubiera sido el primer caso. A menudo, las personas con dinero se encontraban metidas hasta el cuello en organizaciones semejantes. Porque el dinero siempre engendra ambición de poseer más.

Detuvo el automóvil frente a una lujosa mansión. Aquella era la dirección de Cliff Deane. Una de las mejores casas de la ciudad, enclavada, por supuesto, en el mejor barrio de la ciudad.

«Bueno, vamos a ver cómo me recibe este»

Avanzó hasta la puerta, luego de cruzar el pequeño jardín que rodeaba el edificio. Era una casa de dos plantas, de estilo sureño, con un amplio

porche circular sostenido por columnas blancas.

Llamó.

Durante unos momentos, nada se escuchó al otro lado de la puerta. Luego, unos leves pasos, y un taconeo inconfundiblemente de mujer.

Y una doncella negra preciosa.

—¿Señor...?

—Quiero ver a Cliff Deane.

El silencio.

Durante un instante, la chica le contempló en silencio, pareció calibrar la dureza de aquellos ojos, el aspecto felino del hombre, su elegancia, sus posibilidades...

Luego, sonrió.

Una sonrisa igual que un relámpago blanco en medio de la cara.

—Pase.

Se hizo a un lado, mostrando el agresivo perfil con segunda intención. Leonard pasó, dedicándole una de sus mejores sonrisas. La doncella se esponjó ante aquel gesto.

—Veré si el señor Deane está en casa. Normalmente, a estas horas se encuentra en el Banco, trabajando. Pero algunas veces viene antes, o sale un poco más tarde.

Se marchó, ondulando graciosamente la corta falda del uniforme. La tela, de color crema con rayitas azules, sentaba muy bien al color ébano profundo de su piel.

Leonard se quedó solo en medio de un vestíbulo amplio como una catedral, decorado a tono con todo el resto de la casa. Una decoración mucho más recargada aún que la del despacho de Keating. Todo era crema, blanco, rosa, azul y gris. Los marcos de los cuadros eran dorados. Las lámparas, de cristal y bronce. La alfombra, auténticamente persa.

Leonard hubiera jurado que dentro de aquella casa olía a tumba egipcia.

Una puerta se abrió a su espalda. Leonard Wiggins dejó de contemplar atentamente una miniatura del siglo XVIII, para volverse, esperando encontrar a Cliff Deane.

(¿Cliff Deane?)

Lo único que vio fueron dos gorilas del tamaño de dos montañas, mirándole con cara de pocos amigos.

—Eh, tú.

Lo decía el de la izquierda. Uno con la nariz torcida, probablemente de algún mamporro.

Leonard puso cara de inocente.

—¿Es a mí?

—A ti. Será mejor que te largues de este lugar.

—Quiero ver a Deane.

El de la derecha soltó una risita. Era algo más bajo que su compañero, pero también un poco más ancho. Parecía el «homo neanderthaliensis» ⁽²⁾.

—¿Oyes, Budd? Quiero ver a Deane.

El llamado Budd, el de la izquierda, soltó otra risita semejante.

—Oigo, Legsy. Quiero ver a Deane.

—Je.

—Eso: je.

Leonard hubiera querido armarse de su revólver y liarse a tiros con ellos, pero de momento solo se armó de paciencia.

—Oigan, quiero ver a Deane, y es importante. Soy...

Ni siquiera le dejaron terminar.

De pronto, la mano derecha de Budd dejó de estar oculta a su espalda. Leonard vio en su extremo una hermosa porra de goma con la que podría partirse todo el esqueleto de cualquiera con solo cuatro o cinco golpes bien dados.

«Vaya...»

Cliff Deane se las gastaba estupendamente bien con los visitantes.

¿Significaba aquello que iba por buen camino en su investigación?

Ni siquiera pudo terminar el hilo de sus pensamientos. Antes de que la idea anterior hubiera sido pensada en su totalidad, Budd se dirigía hacia él con las peores intenciones del mundo, porra en ristre. Legsy le siguió, a mano limpia.

Leonard los esperó a los dos, sonriendo candorosamente.

Pero cuando Budd estuvo a tiro, alargó el pie derecho y le puso a Budd la mejor zancadilla que el pandillero hubiera recibido en su vida.

Antes de que Budd pudiera darse cuenta de lo que estaba ocurriendo, Leonard ponía en práctica sus profundos conocimientos de «judo».

Luego de la zancadilla, alargó la mano derecha, cogió la de su contrario —precisamente la que iba armada de la porra de goma—, le obligó a hacer un giro de muñeca, y Budd salió volteado, aprovechando su propio impulso, hasta dar con su humanidad contra la consola que había al fondo de la estancia. Dos jarrones chinos cayeron al suelo, haciéndose añicos.

Antes de que Leonard tuviera tiempo siquiera de respirar, Legsy se le vino encima con las peores intenciones del mundo.

Leonard lo paró en seco con un directo al estómago que lo dejó doblado, boqueando angustiosamente en busca de aire. Antes de que llegara a encontrarlo, Leonard pegó nuevamente, con toda su saña más científica. Un golpe bajo que hizo al pandillero emitir un gemido de dolor, cortado en la mitad por el gañido que le produjo el tercer golpe, derecho al hígado.

Budd, recuperado del volteo, acudió rápidamente en ayuda de su compañero. Leonard tuvo noticias de ello cuando la temida porra de goma

le pegó un terrible golpe entre los omóplatos.

Por un instante, lo vio todo negro.

Ni el techo ni el suelo estaban en el mismo sitio. Todo comenzó a girar vertiginosamente, mientras las estrellas hacían su aparición en pleno día. Un segundo golpe, que solamente le cogió de refilón porque su instinto le hizo moverse a toda velocidad, aumentó aquella sensación de estar moviéndose en el interior de un baño de gelatina. Ciegamente, llevado solo por su instinto de lucha, alargó la mano, tropezó con algo sólido y golpeó allí.

Era Legsy nuevamente.

Budd, con una risa, alzó entonces su porra sobre el agente.

Leonard, moviéndose todo lo rápidamente que podía en medio de aquel aturdimiento general que le invadía, pudo esquivar el golpe por un puro milagro. La porra pasó zumbando por al lado de su oreja, y percibió muy claro el sople del aire desplazado por su movimiento.

Entonces, mientras Budd trataba de alzar nuevamente la mano, Leonard entró en acción.

La claridad volvía. Los objetos comenzaron a aquietarse, ocupando su sitio habitual en el inmenso recibidor. Lo único que permaneció en movimiento fue el propio Leonard.

Leonard Wiggins, agente del F. B. I., que de pronto pareció igual que una sombra sin perfiles propios, moviéndose a todo lo largo del vestíbulo, consiguiendo que Budd le siguiera a la mayor velocidad posible.

Legsy, durante un instante, pareció desconcertado. Leonard se fue contra él y le conectó un directo que lo tiró de espaldas contra un mueble. Resbaló, hasta quedar sentado en el suelo, y entonces un jarrón que había sobre el mueble terminó la serie de oscilaciones que el golpe había producido, cayendo sobre la cabeza de Legsy. El pandillero ni siquiera llegó a enterarse, porque estaba «K.O.» antes de quedar sentado en el suelo.

Leonard pudo entonces dedicarse enteramente a Budd.

Enteramente y sin prisas.

Budd, pese a tener la porra de goma en la mano, sintió de pronto un escalofrío a lo largo de la columna vertebral.

Porque, moviéndose con la agilidad, con la crueldad, con el silencio y la elegancia de un gato— ¿o de un tigre?—. Leonard le enfrentó, con las manos dispuestas para golpear, y cuando Budd alzó la porra, aquellas manos entraron en acción, se movieron mucho más rápidamente de lo que pudieron ver los ojos del pandillero, y cuando Budd se quiso dar cuenta, Leonard había agarrado el extremo de la porra y tiraba fuertemente hacia él.

Budd creyó que comenzaba a volar.

Pero en realidad solo salió disparado hacia adelante.

Antes de que hubiera llegado a aterrizar en ninguna parte, Leonard actuó de nuevo.

Un golpe a los riñones, con el canto de la mano, hizo que el pandillero se desplomara de plano contra el suelo antes de que se hubiera terminado el impulso del tirón.

Inmediatamente, Leonard le pegó dos bofetadas, una del revés y la otra del derecho (para variar), tirándolo contra la pared. Un cuadro osciló peligrosamente sobre la cabeza de Budd.

Antes de que hubiera terminado de oscilar, Leonard actuaba otra vez.

Un golpe a la cara.

Cuando Budd se inclinaba hacia adelante, un golpe en la nuca, con las dos manos juntas como una maza.

El silencio.

Durante un solo segundo, el silencio fue lo único que se percibió. Igual que si de pronto hubieran vaciado toda la atmósfera de la habitación.

Luego, Budd gimió algo.

Antes de terminar el gemido, estaba tendido en el suelo, viendo probablemente un montón de estrellitas girando en torno suyo.

Despacio, Leonard tragó aire, se puso en orden la corbata, echó hacia atrás el leonado mechón de cabellos que le caía sobre la cara, y luego se volvió hacia la puerta por la que la chica negra había desaparecido un rato antes.

La chica negra estaba allí, mirándole con una cara de susto impresionante.

—Quiero ver a Deane, ¿comprendes, muñeca?

Ella asintió de un mudo cabezazo y le hizo seña de que le siguiera. Leonard lo hizo completamente alerta, esperando que otra pareja de guardaespaldas salieran de cualquier parte en el momento menos esperado.

Pero no salió nadie.

Finalmente, la doncella negra se detuvo ante una puerta, al fondo del pasillo.

—Aquí.

—¿Está?

—Sí.

Y le sonrió.

Leonard alargó la mano, cogió a la chica por la cintura, la atrajo hacia sí y la besó ferozmente.

—Gracias.

Y sin volver a mirarla, como si de pronto se hubiera convertido en uno de los muchos objetos decorativos que había dentro de la casa, le dio la espalda, puso la mano en el picaporte de la puerta y entró sin llamar.

VII

E

RA un despacho inmenso.

Durante un solo instante, detenido en la puerta, con el pomo todavía en la mano, Leonard Wiggins se mantuvo quieto, pensando que aquel hombre tenía delirio de grandeza. Todo cuanto había en torno era caro, apabullante, delirante, casi espantoso a fuerza de grande y de caro. Los muebles debían ser de doscientos años antes por lo menos—auténticos, desde luego—, y en cuanto a todo lo que había colgado por las paredes, su precio era incalculable.

El hombre que se hallaba al fondo hacía juego con todo aquello.

Grande, grueso, bien vestido, mejor alimentado y fumando un largo cigarro negro que estaba llenando de humo el interior de la estancia.

—Deane.

La mesa del banquero hacía juego con el tamaño de la estancia. Y a la izquierda, otra mesa un poco más pequeña mostraba sobre ella una máquina de escribir eléctrica.

—Una joven —muy joven—rubia —y muy rubia—, se hallaba en pie junto a Deane.

La jovencita rubia, con una minifalda impresionante, se volvió con un grito de susto.

—¡Oh...!

Y Deane, furioso:

—¿Quién le ha dado permiso para entrar?

—Me lo he dado yo solo. Despida a su nena... Quiero decir a su secretaria, y concédame unos momentos a solas.

—Pero... ¿se puede saber qué clase de entremetido es usted, que se permite darme órdenes A Mi en mi PROPIA casa?

Leonard rio, cerró a su espalda y se quedó apoyado contra la hoja de madera.

—Soy alguien que se ha cargado a sus dos guardaespaldas. Para

empezar, ¿sabe?

—¡Pero...!

—Para terminar: Leonard Wiggins, del F. B. I.

Aquello hubiera bastado para que el despacho se quedara sin aire y Deane se pusiera blanco hasta la raíz del cabello, pero Leonard tuvo de pronto la impresión de que aquel hombre estaba al cabo de la calle de todo, y que le había azuzado a sus dos perros de presa con toda intención.

Semejante idea no le hizo la menor gracia.

Sin embargo, Deane puso cara de circunstancias, intentó un gesto de sorpresa que no le salió demasiado bien, y luego dijo entre dientes:

—Bueno... debe disculpar a mis hombres... Ellos tienen la orden estricta de que nadie pase...

—Y lo evitan a golpes, ¿eh?

—Oiga, Wiggins, tengo muchos enemigos... Naturalmente, no voy a permitir que se cuelen impunemente en mi casa, mientras trabajo y despacho parte de mis muchos asuntos...

Leonard dedicó una descarada y fija mirada a la rubia, hasta ver cómo ella se removía inquieta. Entonces, con mayor descaro aún, comentó irónicamente:

—Ya.

Y encendió un cigarrillo mientras avanzaba hacia uno de los sillones y se dejaba caer tranquilamente en él.

(Tuvo conciencia de aquella especie de estremecimiento que agitaba al banquero al verlo moverse por el interior del despacho. Sabía que sus movimientos, su forma de actuar, de mirar y de hablar, siempre producían en los demás un sentimiento de malestar. Y lo explotaba. Aquella era tal vez la mejor arma de Leonard: conocer sus posibilidades al máximo y aprovecharlas todas).

—Bueno, Deane, estoy esperando que diga a su nena... Quiero indicar, a su secretaria, que se marche.

—Ella es de mi entera confianza. Puede hablar en su presencia.

Pero parecía poco seguro.

Leonard sonrió, enseñando los colmillos igual que un lobo.

—A su gusto, Deane. Oiga una cosa: ¿conocía a una muchacha llamada Emma Leach?

Hubo un instante de silencio tan largo que pareció llenar el mundo.

Los ojos de la rubia pasaron alternativamente de Deane a Leonard. De pronto, la chica parecía haber comenzado a encrespase, y Leonard comprendió que ella era algo más que la simple secretaria de aquel hombre. Muy bien: era, cuando menos, un punto flaco por el que podía atacar.

Finalmente, Cliff Deane murmuró:

—Claro que no. ¿Quién es?

—Era.

—¿Era?

—La asesinaron ayer.

El silencio de nuevo.

Leonard creyó percibir un atisbo de sonrisa en el rostro de la rubia y una curiosa, extraña convulsión en el fondo de aquella aceitosa mirada del banquero.

—Ah —fue todo, lo que dijo Deane, sin embargo.

—Ella estaba ampliamente conectada con el alto mundo en que usted se mueve. Supuse que acaso supiera algo de ella, y que me ayudaría a conseguir alguna clase de pista.

Deane alzó los hombros.

—Lo siento, señor Wiggins. No puedo proporcionarle el menor dato porque nunca he oído siquiera ese nombre. ¿A qué se dedicaba esa señorita?

—A las altas finanzas.

Y se puso rápidamente en pie. Sabía que aquel hombre estaba mintiendo, pero no le convenía espantar la caza antes de tiempo. Janssem se encargaría de ponerle «las peras al cuarto», como decían los mejicanos. Janssem y su departamento de investigación lo iban a pasar en grande con aquella agenda.

Cliff Deane ni siquiera se molestó en levantarse para acompañarle hasta la puerta.

—Siento lo de mis hombres, Wiggins. Seguramente, usted no les dijo quién era, y entonces ellos...

«Grandísimo embustero».

Mas:

—No tiene importancia, Deane. Adiós.

Y se fue, silbando tranquilamente.

* * *

Janssem se quedó mirando la agenda durante un largo minuto, dándole vueltas entre sus anchas manos de luchador. Janssem, durante mucho tiempo, había practicado rugby. Todo él respiraba fortaleza y seguridad.

—Ha sido una mala jugada, Wiggins.

Leonard rio.

—Reconozco que sí.

—Desde luego.

—Athens se va a subir por las paredes.

—Espero que no se caiga.

Janssem sonrió y miró algunas páginas al azar. Aquella agenda le iba a dar trabajo para el resto del mes, pero podía ser un buen punto de partida

para cazar a la organización que se dedicaba a pasar contrabando desde México y Cuba.

Era un buen trabajo, después de todo.

—¿Por qué ocultaste esta prueba, Wiggins?

Leonard alzó los hombros, prendió uno de sus cigarrillos «Super-100», lanzó hacia el techo una bocanada de humo y repuso tranquilamente:

—Hace un par de años, un compañero me gastó la misma faena respecto a un asunto de contrabando. Se quedó lindamente con una prueba y la trabajó a su manera. ¿Sabes lo que me replicó cuando le dije que eso estaba feo?

—¿Qué?

—«Yo llegué primero».

Era una respuesta completa. Janssem soltó la risa y acarició las tapas de la agenda. Después de todo, Leonard solamente la había tenido en su poder unas horas.

—De forma que Cliff Deane niega conocer siquiera el nombre de Emma Leach.

—Igual que Stewart Keating. Pero los dos están en la agenda.

—Ajá.

—Espero que no te duela la cabeza demasiado. Y no espantes la caza demasiado pronto. Si Deane tiene algo que ver con todos los jaleos de Emma o con alguna posible conexión con las drogas, es posible que sea un pez gordo. Evita que se ponga a salvo.

—Tú todo lo ves muy fácil. ¿Qué harás mientras tanto?

—Tengo que entrevistarme con un hombre. Por lo visto me va a entregar algo que inculpará a Keating.

—¿Crees que es cierto?

—No lo sé. Te lo diré cuando me lo entregue... si es que lo hace.

—¿Y luego?

Leonard pensó en Ana y sonrió. Soportarla dos veces era más de lo que cualquier hombre medianamente inteligente podía hacer.

—Luego tengo que quitarme de en medio a una pequeña golfa con ganas de aventuras.

Janssem se quedó riendo, tras la mesa, con la agenda ante él.

* * *

«Boreal's» estaba al otro lado de la calle. Leonard se detuvo en el semáforo, esperando tener luz verde para cruzar al otro lado.

Fue justamente entonces.

—¡Oh, Leonard, qué coincidencia!

Y la propia Ana Sherman se le colgó del brazo, en el mismo instante que la luz se ponía verde.

No tuvo más remedio que cruzar la calle con ella al lado. Al llegar a la acera contraria, se detuvo y la miró.

—Ana, tengo mucho trabajo.

Ella soltó una risa. Se había puesto un vestidito que no tapaba casi ninguno de sus encantos y dejaba adivinar con toda claridad los que tapaba. Uno de esos vestidos diabólicos que determinadas mujeres gozan con exhibir ante los hombres.

—¡Oh, cariñito! ¿Por qué no te olvidas un momento de tu trabajo y me invitas a una copa? ¡Hace tanto calor...!

—Ya te he dicho que tengo trabajo.

—¡Pero un momento ahí, en «Boreals's»...! ¡Si estamos al lado!

Suspiró.

—Tengo una cita en «Boreal's». Pero te invitaré con la condición de que te marches cuando llegue. Rio.

—¡Oh, bueno, si solamente es eso, no tiene importancia! ¡Haré lo que quieras!

«Vaya... siquiera por una vez».

Porque hasta el momento ella había salido siempre con la suya.

Entraron en «Boreal's» cogidos del brazo. Pero Welcher no estaba todavía allí.

Leonard suspiró. Había sentido la secreta esperanza de que el otro fuera algo más puntual que él.

Sin embargo, aún faltaban cinco minutos para las diez.

Ana pidió un *whisky* doble con poca soda y mucho hielo. Leonard pensó que aquella mujer podía hacer cualquier clase de exceso y seguir manteniéndose bonita. Para desentonar, y también en parte porque quería mantener la cabeza despejada, Leonard pidió zumo de tomate, bajo la burlona mirada femenina.

—¿Temes perder la cabeza si tomas demasiado alcohol, cariñito?

Leonard pensó en Lidia, que a aquellas horas seguiría probablemente con su borrachera, o durmiendo a pierna suelta hasta la media tarde. Sonrió, mirando de qué forma Ana cogía su altísimo vaso de cristal tallado y se tomaba un largo trago sin acusar el menor efecto.

—Escucha, Ana, he pensado...

—Antes me toca a mí. ¿Por qué no me acompañas esta noche a una fiesta del Club Náutico?

Para fiestas estaba él en aquel instante.

Suspiró.

—Ana, ya te he dicho que tengo mucho trabajo.

Rio.

—¡Pero el trabajo no va a durar toda la vida...! ¡Ni tampoco toda la noche!

Parecía dispuesta a llevárselo consigo al mismísimo fin del mundo.

Leonard terminó su zumo de tomate y comenzó a rogar para que Welcher llegara pronto.

—Ana, deberíamos pensar en dejarnos. No llegamos a ninguna parte con lo nuestro. Había creído que podría... bueno, que comprenderías y seríamos amigos... sin armar escenas.

Ana le miraba, muy seria. Como si él estuviera anunciándole el fin del mundo.

—Leonard... no lo dirás de veras.

—Lo digo de veras.

—¡Oh...!

Y se tomó el resto del *whisky* de un solo trago. Decididamente, Ana Sherman terminaría mal. (¿O había comenzado a terminar ya?) Le miró.

—Al menos, acompáñame esta noche a la fiesta del Club Náutico. ¡Tengo tantas ganas de ir...!

Era imposible desprenderse de su persistencia. Leonard suspiró de nuevo y pensó que no le costaba nada cumplir aquel último capricho de la muchacha. Después de todo, lo habían pasado bien juntos.

—Te llevaré.

—¡Oh!

Y se le colgó al cuello, riendo como una tonta. Media docena de cabezas se volvieron en el interior de «Boreal's», para mirarlos. Alguien silbó.

Welcher entró en aquel momento.

Sobre el hombro de Ana, Leonard pudo ver perfectamente la cara de susto que puso. Le sonrió, apartó a la muchacha lejos de sí, y dijo:

—Ahí está mi hombre. Sé buena chica y márchate.

—Bueno.

Le tiró un beso, haciendo un mohín con los labios, y se marchó, dedicando una mirada de curiosidad a la vulgar figura de Welcher.

El hombre alargó la mano, para tomar la que Leonard Wiggins le tendía.

—Es usted un tipo de suerte, Wiggins.

—No lo crea.

—Es todo un monumento.

—Tiene serrín en vez de sesos. ¿Quiere tomar algo... mientras me da «eso»?

Welcher sonrió y meneó la cabeza.

—Oiga, Wiggins, ¿de veras me cree tan tonto como para arriesgarme a traerlo encima? Lo he dejado en mi casa.

—¿Entonces...?

—Vamos allá y se lo entrego. Y entonces, si lo pierde o se lo quitan, usted es el responsable. Yo no tengo ganas de que me hagan un agujero en la piel igual que a mi hermano.

Era un buen sistema para mantenerse vivo. Pero también podía ser una trampa. A aquellas alturas, Leonard no se hubiera fiado ni de su sombra.

Mucho menos, de Welcher.

Sin embargo, por el momento, no le quedaba otro remedio que seguirle.

—De acuerdo. Pero si intenta alguna jugarreta...

—Ninguna, Wiggins. Se lo aseguro.

Salieron. Afuera, el sol se estrellaba contra las aceras de 27th. Avenue. El día era espléndido sobre los tejados de la vieja ciudad. Un día claro, lleno de cielo azul, de olor a mar y de bullicio.

Sin embargo, cada vez que percibía aquel olor a yodo y a algas, Leonard se acordaba de Chester Road, y de su olor a puerto viejo. Nueva Orleans, como casi todas las ciudades del mundo con mar al lado, tenía dos caras. Y una de ellas no resultaba nada agradable.

Welcher le tocó en un brazo.

—He dejado mi coche en la otra calle. No quería llamar la atención... por si acaso.

Le condujo hacia la entrada de aquella calleja donde el día anterior habían tratado de matarlo tiroteándolo desde un coche. Justamente hacia donde el propio Welcher le había salvado la vida.

Leonard, con todos los sentidos alerta, deslizó la mano hacia la solapa de la chaqueta, hasta rozar con la punta de los dedos la culata de su revólver de reglamento.

Aquello, como siempre, le tranquilizó un poco.

Pero no había tranquilidad que sirviera en momentos como el de la noche anterior.

—Welcher, ¿vamos a tardar mucho?

—No. Ya casi estamos.

Estaban llegando al lugar del portal. Frente al portal, en la acera contraria, la larga tapia parecía la de un cementerio.

Un leve rumor a la izquierda. Corrió un gato, surgido de cualquier parte.

Otro rumor a la derecha. Otro gato le siguió, con un largo maullido.

Aún caminaron algunos pasos más. Dos o tres. Leonard ni siquiera pudo contarlos.

Porque entonces las cosas comenzaron a suceder a una velocidad tal que Leonard no tuvo tiempo más que para saltar a un lado, echar mano del revólver y tratar de arreglar las cosas de alguna forma.

Solo que para determinados acontecimientos no había solución posible.

Lo que ocurrió fue tan simple, y al mismo tiempo tan terrible, que Leonard se preguntó después de qué forma pudo ocurrir.

Una sombra surgió del portal.

Y antes de que Leonard pudiera hacer nada, aquella sombra había esgrimido una pavorosa automática en dirección...

... en dirección a Welcher.

El estampido pareció hacer temblar los adoquines.

El mundo se detuvo.

El mundo y el tiempo. El sol, en lo alto del cielo, pareció convertirse en una mancha roja, en una inmensa mancha de sangre que llovió sobre la ciudad, sobre sus calles, sobre los tejados y el puerto, hasta teñirlo todo del mismo color.

Leonard, inmovilizado al suelo durante un solo segundo, solo pudo percibir que aquella especie de sombra pasaba por su lado como un meteoro, corriendo hacia el extremo de la calleja que daba a la avenida.

—¡Alto!

No se detuvo.

—¡Alto en nombre de la Ley!

Disparó, casi con la palabra «Ley».

Pero no acertó.

Volvió a disparar...

... justo en el momento que el agresor doblaba la esquina.

Leonard comprendió que era preciso hacer algo RAPIDAMENTE. Con el revólver en la mano, corrió en persecución de aquella sombra. Pero cuando llegó a la esquina con la avenida, todo se hallaba perfectamente tranquilo en torno.

La gente circulaba con entera normalidad. Nadie carecía tener demasiada prisa, ni había coches que arrancaran violentamente en aquel momento.

Una bonita trampa.

Una perfecta trampa, estupendamente montada. Leonard hubiera jurado que quien la pensó era un perfecto profesional del tiroteo y el arte de la escapada. Naturalmente, no iba a ir registran— de a todos los que anduvieran en aquel momento por la calle. El asesino, andando tranquilamente, debía estar por lo menos en la siguiente manzana, o doblando cualquier esquina. Cualquier pandillero bien entrenado hubiera podido hacerlo sin dificultades.

Volvió rápidamente sobre sus propios pasos, para inclinarse sobre el cuerpo de Welcher.

Incluso antes de hacerlo, sabía lo que iba a encontrar.

Welcher estaba muerto.

Del todo.

VIII

JANSSEM se quedó mirando atentamente aquel pequeño libro de tapas rojas que Leonard exhibía ante su rostro.

—Eres especialista en encontrar libretas, Wiggins. ¿Se trata de la que Welcher iba a entregarte?

—Creo que sí. ¿Quieres encargarte de investigarla también?

—No voy a tener horas a lo largo del día para investigar todo lo que me traes.

Leonard rio. Se hallaba tranquilamente sentado en el despacho de Janssem, fumando como si tal cosa.

Pero en el fondo de sus pupilas había comenzado a encenderse una pequeña lucecita amarilla.

Casi tan dorada y centelleante como su cabello de gato rubio.

Dijo:

—Hay algo en todo esto que me produce una sensación extraña, Janssem.

—¿Sí?

—Tengo la impresión de que todos estamos siendo manejados de un lado a otro por un poder más fuerte que el nuestro.

El duro y honrado rostro de Janssem se ensombreció un instante.

—Esa impresión he tenido yo a menudo cuando llevaba algún caso complicado. Pero a menudo es solamente la imposibilidad de ver claro lo que nos hace pensar semejantes cosas.

—Aun así...

—¿Aun así...?

Alzó los hombros.

Y:

—No sé. Pero sigo teniendo la impresión de que hay algo en todo esto que se me escapa. Como una sombra, que perseguimos y nadie puede coger.

—Las sombras no tienen cuerpo.

—Precisamente. Eso es lo que siento: hay algo impalpable que está actuando en torno nuestro. Y no sé qué es.

Janssem movió la cabeza, despacio. A menudo, caminar a ciegas no resultaba agradable. Se tenía la impresión de ser una especie de cobaya encerrada en una jaula, puesta allí para que los demás investigaran sus reacciones.

Leonard, como si hablaba consigo mismo, murmuró:

—Desde que comencé a trabajar en este dichoso asunto de las drogas, varias veces han atentado contra mí. Eso quiere decir que es una organización poderosa, con jefes influyentes, que no temen asesinar a un agente del F. B. I. con tal de que se den cuenta que nadie puede atacarlos impunemente. Luego, Keating recibe ese dichoso paquete de droga, y la cosa se complica. Se me envía en busca de una mujer que aparece muerta, se atenta nuevamente contra mí, matan a quién podía inculpar a Keating, lo cual no evita que consigamos lo que Welcher quería darme... Pero tiene que haber una razón para todo esto. Porque si Keating está inculpado en el asunto de las drogas, si REALMENTE tiene algo que ver con Emma Leach, y con el contrabando. ¿POR QUE DIABLOS NOS AVISO PARA QUÉ INVESTIGARAMOS? Lógicamente, no debía interesarle ninguna clase de investigación.

Janssem asintió.

—Es cierto.

—Luego tiene que haber una razón para todo. Algo que nos lleve a la clave. Y eso es lo que no consigo comprender.

—Si piensas un poco menos, tal vez cuando menos te lo esperes surja el pensamiento... y la idea.

—Seguramente.

Y pensó que le gustaba aquel hombre, que parecía tan tranquilo pero cuyos ojos nunca se perdían detalle de nada.

Janssem añadió:

—Lo mejor que puedes hacer esta noche, es correrte una juerga por ahí en compañía de alguna chica bonita.

Leonard se acordó de Ana y de la fiesta en el Club Náutico.

Suspiró.

—Eso ya estaba previsto en mi programa.

Y se levantó, caminando hacia la puerta. Se volvió allí, con la mano sobre el pomo, dudando un instante.

—Esto, Janssem...

—¿Sí?

—Si hay algo nuevo respecto a la agenda de Emma o al libro ese de Welcher, avísame. Creo que voy a meterme en la habitación del hotel y descansar... si Ana me deja.

Janssem se quedó riendo.

El Club Náutico se encontraba en la orilla del Lake Pont Chartraim. Aquel pequeño lago era igual que una ensenada artificial, que desembocaba en el mar por un pequeño estrecho flanqueado de malecones y muelles. Al otro lado de aquellos muelles, el puerto comercial de Nueva Orleans bullía de barcos y de luz sobre las grasientas aguas.

En el cerrado recinto del lago, las aguas eran limpias, y las embarcaciones de recreo se mecían tranquilamente bajo la luz de la luna.

El Club Náutico resplandecía de farolillos, de luces, de adornos, de flores...

Leonard pudo comprobar entonces lo que era una auténtica fiesta con sabor a las fiestas francesas del siglo anterior ⁽³⁾.

Ana, a su lado, vestida con un largo traje de brocado blanco y pedrería, parecía más hermosa, más morena y con los ojos más violetas que de ordinario.

Al penetrar en el local y tender la invitación, Leonard fue consciente de la envidia que había en muchas miradas masculinas.

—¿Cómo conseguiste la invitación, Ana?

Ella rio.

—Oh, querido... No olvides que un apellido y un padre influyente consiguen cualquier cosa. Cualquiera.

Aquello era cierto. Pero a partir del momento en que ambos entraron en el club, Ana comenzó a comportarse como si no conociera a nadie allí dentro y solamente le importara su acompañante.

Para empezar, se lo llevó a una mesa que tenía el cartelito de «reservada» colocado muy visiblemente, y pidió champaña para los dos. Luego, dijo que deseaba bailar, y se apretó muy fuerte contra el cuerpo masculino, y cuando la besó, se dejó besar y correspondió con un:

—Mmmm...

Que no quería decir nada, pero resultaba muy bien.

Finalmente, cuando la fiesta comenzó a animarse y las parejas se desperdigaron por todo el local del Club Náutico en busca de sitios tranquilos, mientras los mayores se quedaban en las mesas, Ana dijo:

—¿Por qué no damos una vuelta por los jardines del local? Son espléndidos.

—Bueno.

Leonard estaba dispuesto a dejarse conducir adonde ella quisiera. Posiblemente, si quitaba de su cabeza incluso la voluntad de hacer las cosas por sí mismo, al día siguiente se encontraría en mejores condiciones para seguir aquel maldito trabajo que le había caído encima.

Prendió la mano de Ana, y ambos comenzaron a caminar entre los

setos. De cuando en cuando, una pareja aparecía sentada en un banco. Pero la pareja, normalmente, no se daba cuenta de que alguien pasaba por su lado.

Cuando llegaron al vallado que señalaba el final del jardín, Ana se detuvo.

—¿Pasamos al otro lado?

—Hay que saltar la valla.

—La saltamos.

Puesto a complacer a la dama, como un sir

Lancelot cualquiera, Leonard saltó el primero, la prendió por la cintura y la pasó fácilmente al otro lado pese a la longitud del traje femenino.

—¿Y ahora, *lady* Ginebra? ⁽⁴⁾.

Al fondo, los jardines y las luces de la fiesta no eran sino un pálido telón. Ante ellos se extendía una orilla salvaje, llena de juncos y cañas, sin cuidar. La hierba era natural, llena de espinos en algunos tramos, y la orilla del lago serpenteaba por entre el follaje.

Resultaba un acogedor paraje para cualquier pareja de enamorados que huyeran de la multitud.

—¿Ahora...? —y puso cara de inocente.

Leonard rio. Le divertía, en el fondo, aquella fingida ingenuidad. Ana Sherman era una perfecta comediente.

—Bueno, quiero decir que cuál es el siguiente acto de la comedia. ¿El beso? ¿El honor ultrajado? ¿La seducción? ¿Los gritos histéricos?

Ana soltó una risa estrepitosa.

—¡Oh, Leonard...!

Y se le colgó del cuello.

Pero antes de que hubiera llegado siquiera a besarlo, algo se interpuso entre los dos.

Aquel «algo» era, simple y llanamente, la hoja de una tremenda navaja de muelle.

—Atrás, bonita. Tenemos que hablar con tu acompañante.

Y Leonard se encontró ante los dos tipos más patibularios que hubiera podido tropezarse en su larga vida como defensor de la Ley y el orden.

«Vaya».

Parecía que le estuvieran persiguiendo los contratiempos, incluso cuando intentaba besar a una chica bonita. Suspiró. Después de todo, aquellos tipos debían haberle seguido y sabían quién era él. Quería decir eso, ni más ni menos, que alguno de ellos podía darle la información que necesitaba.

—Oigan, muchachos, yo creo que si habláramos tranquilamente como personas civi...

No.

No tenían ganas de hablar.

Lo que deseaban era quitarlo bonitamente del mundo de los vivos.

Leonard se convenció de ello cuando el primero, justamente el que había hablado, le tiró una terrible cuchillada que le rozó la chaqueta y le rompió parte de un bolsillo.

—¡Hey!

Pero entonces el otro atacó también.

Ana ahogó un gemido, tapándose la cara con las manos. Leonard ni siquiera se encontró con fuerzas ni tiempo para decirle que todo iba a salir bien.

(Porque... ¿iba a salir realmente bien?).

Esquivó por milímetros el ataque del segundo gorila. Sintió que la navaja de aquel tipo le daba aire en la nariz, cortando la atmósfera con un escalofriante zumbido. Atacó resueltamente, antes de que los otros dos se crecieran y lo pulverizaran.

Su puño encontró algo duro inmediatamente: era el cuerpo del que había atacado primero, que atacaba nuevamente.

Golpeó con toda su saña.

—¡...!

Con toda su furia y su crueldad científica.

(Su profesor de lucha de Quantico se hubiera mostrado orgulloso de él en aquel momento).

Pero tampoco tenía tiempo de pensar en lo que hubiera dicho su profesor de Quantico.

Porque el segundo gorila atacaba.

Al menos, era una ventaja que el primero estuviera en aquellos momentos tratando de encontrar su perdida respiración. Leonard, casi tranquilamente, esperó a pie firme al segundo, que se le venía encima navaja en ristre, y cuando lo tuvo a mano, alargó la diestra, prendió la mano armada de su enemigo, y se la retorció salvajemente.

El otro soltó un alarido y soltó la navaja.

Dos cosas importantes. Sobremanera, la segunda.

Antes de que hubiera podido reponerse del todo de aquella llave, Leonard le conectó un formidable directo que lo tiró rodando sobre los juncos de la orilla del lago.

Antes de que hubiera comenzado a reaccionar, Leonard se fue contra el segundo.

El segundo tenía aún la navaja en la mano y cargó ciegamente, igual que un toro enfurecido.

Leonard también esperó.

Pero cuando pasaba por su lado, le hizo un estupendo quiebro, que hubiera levantado un «¡olé!» en cualquier plaza de toros de Ciudad de México. Y antes de que el pandillero se diera perfecta cuenta de lo que estaba ocurriendo, Leonard le había conectado un terrible golpe en lote

riñones, lanzándolo de cara contra el agua, donde chapoteó igual que un elefante.

—¡Oh, Leonard...!

Ni siquiera hizo caso de aquel gemido de Ana. Se fue derecho contra el que había tumbado sobre la hierba un poco antes, alzándolo por la chaqueta como si fuera un pelele.

—¿Quién os envió a matarme?

El pandillero movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Quién?

Y:

—Bastardo...

El insulto hizo que los dientes de Leonard se apretasen, pero la palabra no varió en absoluto lo que iba a hacer.

Sencillamente, estampó en la cara del otro un tremendo puñetazo que lo tiró hacia atrás, manoteando para tratar de guardar el equilibrio.

Cayó finalmente sobre la hierba.

Leonard se fue nuevamente contra él, igual que un ciclón.

Pero antes de que pudiera llegar, el pandillero llevó la mano derecha hacia la solapa izquierda de su chaqueta. Leonard se maldijo en todos los tonos por no haberle quitado antes la pistola que seguramente llevaba allí.

Un momento después, una automática de gran calibre aparecía en aquella mano.

Ana pegó un chillido tremendo.

El otro seguía chapoteando en el agua, igual que un cachalote, tratando de salir.

Leonard saltó a la izquierda, mientras tiraba a la desesperada de su revólver.

El disparo del pandillero salió desviado dos pulgadas a la derecha.

El de Leonard dio en el blanco.

De pronto, todo pareció detenerse. Incluso los chapoteos y gemidos ininteligibles del segundo pandillero, enmudecieron. Porque el que tenía la pistola en la mano se quedó mirando a Leonard con una espantosa fijeza, abierta la boca y los ojos, con la mano crispada sobre la culata de un arma que no le había servido de nada. Y un momento después, con un gorgoteo siniestro, se desplomó de cara contra la hierba y quedó quieto, mientras el verde de los juncos comenzaba a teñirse de rojo.

Leonard, rápidamente, se volvió hacia el que estaba metido en el agua.

Flotaba.

Flotaba boca abajo, con la cara metida entre los juncos, flojas las manos, meciéndose blandamente bajo la luz de los farolillos de la fiesta y del puerto que se extendía al fondo.

Antes de hacerlo y darle la vuelta, Leonard ya sabía que estaba muerto. Se había ahogado en menos de medio metro de agua.

Suspiró, pasándose la mano por la cara. Mientras guardaba su pistola. Durante mucho rato se mantuvo quieto en la orilla, mirando aquellos dos cuerpos tendidos ante él, pensando, pensando, pensando...

Había algo. Un chispazo. Una idea.

Una seguridad, finalmente.

Ana, despacio, con un gemido, se acercó.

—¡Oh, Leonard...! ¡Ha sido... horrible...!

Los ojos que Leonard Wiggins volvió hacia ella parecían de pronto los de una pantera en acecho. Ana Sherman, estremecida, vio de pronto que él tenía los ojos llenos de una extraña luz amarilla, que el pequeño punto negro de su centro se había convertido en una rayita vertical, y que de gato se había convertido en tigre, esperando el momento de saltar, con los colmillos reluciendo a la luz de la luna.

—Leonard...

Leonard Wiggins la miró fijamente durante un momento, muy fijamente, como si quisiera calar hasta lo profundo la verdad de sus pensamientos.

Y luego sonrió.

Una sonrisa que no animó el fondo de sus ojos.

—Será mejor que nos vayamos, Ana. No me gustaría encontrarme con el sargento Athens y tener que darle un montón de explicaciones que ni siquiera sé cómo empezar.

La prendió fuertemente de un brazo, llevándola hacia el extremo contrario al Club Náutico. Al otro lado de la valla, la gente no parecía haber sentido nada. La música atronaba fuertemente el ambiente nocturno, y en cuanto a las parejas que se encontraban en el jardín, la mayoría de ellas estarían a aquellas horas lo suficientemente comprometidas como para no asomarse al exterior.

Al otro lado del pequeño terreno claro donde habían sido atacados, había una espesura de chopos. Leonard penetró en ella, llevando siempre a Ana cogida con fuerza, y dieron un rodeo hasta encontrar nuevamente la carretera que llevaba a la entrada del club. El coche seguía en el aparcamiento, en el mismo sitio donde lo habían dejado.

Dos minutos después, arrancaban en medio de la noche en dirección al hotel.

IX

ANA estaba cepillándose el pelo, cuidadosamente, sin olvidar que debía mostrar a Leonard el ángulo más sugestivo de su persona. Leonard, hundido en lo profundo de un sillón, con un *whisky* en la mano, la miraba en silencio, como un gato a un canario antes de zampárselo.

El *whisky* de Ana hacía licuar lentamente los cubitos de hielo que flotaban en él. El *whisky* de Ana se encontraba encima de la mesa de la salita.

Cuando Ana terminó de cepillarse el cabello y alargó la mano hacia su vaso, la mano de Leonard lo retiró bruscamente.

—Tenemos que hablar, Ana.

—¡Oh...!

Pero una chispa se encendió en el fondo de sus ojos violeta.

Leonard soltó una risa entre dientes.

—Por ejemplo, querida Ana, tienes que explicarme por qué siempre que andas tú por medio, tengo un... «accidente».

Ana rio también.

—¡Qué tonterías estás diciendo, amorcito! ¿No ves que te quiero mucho y me moriría si te ocurriera algo malo?

Se apretó mimosamente contra él. Por un instante, Leonard aspiró su perfume, y la embriagadora sensación que producía su proximidad, la palpitación de su cuerpo, el brillo de sus ojos y la húmeda tentación de sus labios.

La enlazó fuertemente, besándola. Ella, igual que una gata, se plegó al beso, ronroneando placenteramente.

Leonard, sin soltarla, separó de pronto sus labios y dijo solamente:

—¿Quién te envió para espiarme, Ana Sherman?

El silencio se hizo tan largo y tan denso como si fuera de plomo.

Un silencio de muerte.

—Oh, Leonard...

Trató de alcanzar nuevamente sus labios. Pero Leonard echó la cabeza hacia atrás y la sujetó más fuerte.

—Ana Sherman, solamente me has traído complicaciones.

—¡No puedes creer que yo...!

—Para empezar: cuando te colaste en mi compartimento del tren, el revisor no dijo nada. Y si no dijo nada, querida mía, es porque tú debiste decirle que yo te aguardaba en el empalme de Mobile. Llevabas una reserva falsificada, pero lo suficientemente buena como para engañar a un desgraciado como él, ¿no es cierto?

—¡Leonard...!

—¡No he terminado!

La tiró bruscamente sobre el sofá, metiéndole bajo las narices el vaso de *whisky*.

—¡Emborráchate si quieres! ¡Vas a necesitarlo!

Ana, temblando, se tomó el vaso entero de un solo trago.

Le miró después, suplicante.

—Leonard, amorcito, yo no...

—¡Tú has estado presente cada vez que me ha ocurrido algo! ¡Y si no estabas presente, SABIAS dónde iba! ¡Y lo mismo ocurrió con Welcher, a quién tuviste tiempo de ver cuando te marchaste de «Boreal's»! ¡Y ahora mismo, hace un rato, en el Club Náutico! ¡Deseabas llevarme a la fiesta porque había una trampa preparada para quitarme de en medio! ¡No eres rica, ni nunca has tenido un céntimo, Ana Sherman, porque careces de la suficiente CLASE como para que cualquiera se trague ese cuento! ¡Eres solamente una buscona, alquilada por alguien para llevarme de cabeza a la tumba!

—¡Leonard...!

—¡Tú sabías que yo iba a ver a Emma Leach, y preparaste el atentado para la salida del «Boreal's»! ¡Pudiste alquilar a cualquier matón para que tirotease a Welcher!

—¡Leonard, yo te juro...!

Leonard Wiggins, bruscamente, la cogió por el escote de la bata, la alzó en vilo y le pegó una tremenda bofetada que volvió a dejarla sentada donde estaba un momento antes.

—¡Hay alguien interesado en que yo no llegue al final del asunto, y me lo vas a decir AHORA!

—¡No!

—¡Me lo vas a decir... o te desharé tu bonita cara para siempre!

Ana, de pronto, ante la amenaza, pareció crecer igual que una pantera. Se irguió del sofá, con los ojos echando lumbre, y enfrentó a Leonard. De pronto, el interior de la estancia se llenó de un fuerte fluido eléctrico que los unió por un instante. Un puente sólido se estableció entre los dos, y ambos comprendieron en aquel instante que eran tan iguales como dos gotas de agua, y que los dos estaban acostumbrados a la lucha en un mundo donde no existía la piedad.

—Estúpido... fanfarrón, engreído policía... ¿Crees de veras que te he

amado solamente porque seas guapo y apuesto? ¡Eres tan necio y tan fatuo que te crees el centro del mundo, cuando en realidad, hasta ahora, no has sido sino un pelele que ha ido por dónde le han marcado! ¡Tienes tan poco seso que jamás se te ocurriría la solución de nada, porque te dejas cegar fácilmente en cuanto tienes frente a ti unos ojos de mujer! ¿Te imaginabas capaz de descubrirlo todo tú solo? ¡A veces no he sabido si reír o llorar ante tus majaderías!

Ella tenía razón. Había sido un majadero. Pero nunca lo confesaría ante ella.

La prendió bruscamente de un brazo.

—Ya está bien de gritos histéricos. Vas a decirme quién te ha enviado para convertirte en mi sombra.

—¡No me da la gana!

Dicho y hecho.

Antes de que Ana hubiera podido pensar que ocurriría aquello, Ana se encontró con un brazo fuertemente sujeto a su propia espalda, en una dolorosa presa. Sobre su hombro, percibió por un momento el brillo fulgurante de las pupilas masculinas, el color dorado de su cabello, aquella especie de rayita vertical que solamente aparecía en su mirada cuando llegaba un momento de peligro.

La voz de Leonard, casi en su oído, sonó a chirrido de clavo contra una palanca de metal.

—Me lo vas a decir, bonita... o te partiré el brazo.

—¡No quiero!

—¡Me lo vas a decir!

Y apretó un poco más.

Ana Sherman, sujeta tan férreamente como si se hallara rodeada de cadenas de acero, sintió de súbito que un latigazo de dolor la recorría de la nuca a los talones. Dejó de sentir el brazo para sentir como si se lo hubieran arrancado de cuajo, y los ojos se le llenaron de lágrimas ante la brusquedad de aquella sensación. Hubiera querido desmayarse, para producir un poco de piedad en Leonard, pero el desmayo no llegó.

Aunque hubiera llegado, Ana comprendió entonces que Leonard jamás sentiría piedad.

—¿Quién te envió para que me liquidaran?

—¡Por favor...!

—¡Su nombre!

—¡Leonard, por favor...!

—¡Su nombre, estúpida!

El hueso comenzó a crujiir. Ana creyó que el suelo había comenzado a bailar bajo sus pies, que la habitación entera del hotel se convertía en un remolino que giraba, giraba, giraba...

Solo Leonard se mantenía firme, tras ella, apretando su brazo con cruel

persistencia.

—¡El nombre, o te parto el hueso!

—¡No te lo diré... nunca... jamás, estúpido...!

La risa de Leonard, en su misma nuca, levantó un escalofrío a lo largo de su columna vertebral. Una risa helada, igual que un pequeño carámbano que colgase de una ventana en una mañana de invierno.

Pero afuera, la noche de Nueva Orleans era cálida y ardiente.

Una noche casi tropical.

Y la risa de Leonard, por segunda vez, mientras apretaba un milímetro más aquella presa...

—¿Me lo dirás, hermosa?

Ana hubiera querido aullar de dolor en aquel instante.

Más en vez de eso, sollozando, dijo solamente:

—¡Oh, sí, sí! ¡Te lo diré! ¡Te lo diré todo!

Solo entonces, Leonard la soltó.

* * *

Janssem sonrió ampliamente, detrás de su mesa cubierta de papeles.

—A veces, Wiggins, creo que los dioses cubrieron tu cuna con sus bendiciones el día en que tú naciste.

—No seas cursi, Janssem. Es cuestión de buena suerte.

—Y de tener siete vidas, igual que un gato.

Leonard rio.

—Eso dicen de mí en Montgomery. ¿Cómo va la investigación de los dos libros que te dejé?

—Viento en popa a toda vela. El cuaderno de direcciones de Emma Leach es una verdadera mina. Hemos detenido a tres o cuatro tipos de los que siempre hemos sospechado sin tener nunca pruebas concluyentes. Cogidos por sorpresa, no han podido ocultar los paquetes de droga que llegaron en el último envío. Irán a la cárcel por una buena temporada.

—¿Y Cliff Deane?

—Caerá. Uno de los detenidos ha confesado que Deane es uno de sus puntos de contacto.

—¿Cómo funciona esta organización?

—De una forma muy sencilla. Cada «cabeza de puente» en la distribución tiene dos o tres contactos a los que distribuye la droga. Cada uno de estos, tiene a su vez otros dos o tres, y así sucesivamente hasta completar una red de doscientos o trescientos individuos que no se conocen entre sí. Únicamente algunos pocos, privilegiados y de probada confianza, tienen acceso a toda la organización.

—Como Emma Leach, por ejemplo.

—Sí, como Emma Leach. Ella era uno de los principales, y sabía

aprovechar ventajosamente la situación en que su profesión la había colocado. Nunca encontraremos una mujer tan bella de cuerpo ni tan astuta de cerebro como ella.

Leonard suspiró, aplastando el cigarrillo contra el cenicero de latón que Janssem tenía sobre la mesa.

Se levantó.

Y:

—Tengo que terminar este caso en Montgomery. Cuida de Ana Sherman. Que tenga una celda cómoda.

Estaba ya en la puerta cuando Janssem preguntó:

—¿Te apena que ella estuviera vendida al otro bando?

Leonard rio, entornando los ojos.

—Taxis libres los hay en todas partes. Es cuestión de pagar la tarifa convenida.

Y se marchó.

Media hora más tarde se encontraba conduciendo un coche alquilado, a toda velocidad, por la carretera 90, bordeando la costa verde y aristocrática de Louisiana, camino del interior.

De Montgomery, Alabama.

* * *

De Montgomery, Alabama.

De nuevo sus calles. Aquella especie de pereza tendida al sol, con los algodones marcando la línea del horizonte. Las muchachas negras, paseando sus restallantes bellezas a lo largo de Main Street, a lo largo de Lincoln Avenue de 27th Road. Muchachas rubias y morenas, minifaldas, tostados de piscina y de rayos infrarrojos... Todo un mundo perezoso, aristocrático, con la vieja altivez de los plantadores de algodón que habían hecho la guerra para seguir manteniendo sus plantaciones y sus esclavos. Un mundo que fascinaba a Leonard, y que le gustaba contemplar todas las tardes del verano, asomado a la ventana de su pequeño apartamento.

Se detuvo de nuevo ante aquella casa, en el 92 de Lincoln Avenue. Con las manos sobre el volante, fumando uno de sus cigarrillos «Super 100», se mantuvo unos momentos pensativo, contemplando aquel alto edificio de acero y cristal.

«Bueno, Leonard Wiggins, caso resuelto».

Descendió del coche, quitó la llave de contacto y subió al piso que ya conocía.

Al de Stewart Keating.

Le abrió el mayordomo. También él hubiera hecho un papel perfecto un siglo antes, en cualquier hacienda de cualquier plantador de algodón. Solo que Leonard se lo imaginaba como capataz, con un, látigo en la mano y

vigilando el trabajo de los negros.

—Buenos días, señor. Me alegro de verle nuevamente. El señor está en casa y le puede recibir enseguida si lo desea.

Entrecerró los ojos.

—Antes me gustaría hablar contigo. Un simple formulismo, ¿comprendes?

—Oh, sí, señor.

Era tan frío como un helado británico. Leonard sonrió entre dientes y adoptó un aire confidencial para acercarlo un poco más a sí.

—Oye, necesito saber si el señor Keating recibía a menudo paquetes como aquel famoso... Bueno, el de la droga.

—Desde luego que no, señor.

«Vaya...»

El mayordomo aclaró, impertérrito:

—Recibir paquetes semejantes querría decir que el señor andaba complicado en ello, y entonces nunca lo hubiera abierto en mi presencia.

Aquello era tan cierto como que había Dios.

Leonard suspiró.

La cosa, de pronto, se había complicado.

—¿Recibía alguna otra clase de paquetes de forma periódica?

—Desde luego que sí. Unos envoltorios pequeños, en papel azul, con el remite de una casa de sellos de Nueva Orleans. El señor Keating es un gran filatélico y posee una de las mejores colecciones del Estado.

Leonard suspiró. Seguía sin entender aquel maldito galimatías en que se había convertido el caso.

—Pero el remite del famoso paquete...

El mayordomo le miró como si fuera un loco de atar.

—¿El remite?

—Claro.

Y el mayordomo, suavemente:

—Perdone, señor. Haría falta estar loco para poner remite a un paquete con semejante contenido.

—¿Entonces...?

—No sé a dónde quiere ir a parar. Pero, desde luego, el paquete de la droga venía sin remite.

* * *

Stewart Keating estaba tranquilamente sentado detrás de su mesa de despacho, en medio de aquel delirante conjunto de libros y muebles que aplastaba igual que una losa de plomo.

—Bienvenido, Wiggins. ¿Viene a traerme buenas noticias?

—Sí. El caso está solucionado.

Keating se repantigó mejor en su sillón y dijo solamente:

—Bueno.

Y Leonard sonrió al mismo tiempo que él pensando en la sorpresa que iba a darle al final al flamante senador.

—En efecto, el caso está completamente solucionado. Durante un tiempo, me tuvo perplejo el hecho de que todo saliera tan mal. Las cosas se han ido enredando de una forma portentosa, hasta que comprendí que todo se debía a una voluntad que había establecido precisamente semejante enredo. He seguido un laberinto precisamente en la dirección que el dueño del laberinto quería. Pero al final he podido ver claro.

Sus ojos se habían convertido nuevamente en dos pequeñas rayitas verticales. El resto no era sino un profundo y fulgurante mar de fuego verde, ardiendo en medio de su rostro.

Keating murmuró:

—Espero que me lo explique mejor.

—No hay mucho que explicar. Se me colocó una chica cebo, para que siguiera continuamente mis pasos, y ella, al ponerse en contacto con los dirigentes del negocio de las drogas en Nueva Orleans, sembró el pánico entre ellos. Tenía orden de que se me asesinasen, pero los asesinatos fueron preparados de forma un tanto precipitada. Ello me ha hecho suponer que el auténtico cerebro director del plan no se encontraba allí, puesto que la primera parte se cumplió perfectamente sin que yo sospechara nada.

—¿La primera parte?

—La llegada de la chica de forma que yo no sospechara nada. Pero a partir de la llegada a Nueva Orleans las cosas no solamente se complicaron, sino que evidenciaron una evidente precipitación en la preparación.

Keating parecía asistir aburridamente a aquella conversación, como si no le interesara lo más mínimo.

Pero Leonard ya había advertido que en el fondo de sus pupilas había un profundo fulgor aceitoso.

—¿Y bien, Wiggins...? ¿Qué me quiere decir con todo eso?

—Que Ana me dijo el nombre del instigador de todo.

—¿Ana?

—Ana Sherman. Muy bonita, pero muy estúpida.

Keating rio.

—¿Qué tiene que ver todo eso conmigo? ¿O solo es una broma?

—No es una broma. El auténtico cerebro que dirige todo esto, Keating, ES USTED.

FINAL

SERGE Brewster suspiró, encendió un largo cigarro, se retrepó en el sillón giratorio, y dijo:

—Será mejor que me lo cuentes todo, Wiggins. No entiendo nada de nada.

Leonard rio entre dientes y encendió su consabido cigarrillo «Super 100».

—Es muy sencillo.

—No dudo que lo sea para ti... ahora.

Y rieron los dos al mismo tiempo.

Pero se imponía la explicación. Y Leonard sabía que su jefe estaba rabiando por escucharla.

—Hemos sido tontos del todo al no hacer caso del más pequeño y más importante detalle de todo este asunto. Me refiero al remite. Estaba escrito con una letra distinta a la de las señas, y también con un bolígrafo distinto. Supongo que hubiéramos terminado advirtiendo ese detalle de no haber ocurrido las cosas tan rápidamente.

Brewster asintió.

—Sí. Sigue.

—Desde hace tiempo, Keating se encuentra metido en semejante organización. Ellos, en cierto modo, prestándole dinero para su campaña electoral, lo llevaron al Senado. Naturalmente, cuando se vio en semejante puesto, Keating tuvo miedo de que se descubrieran sus actividades, y quiso retirarse. Sus compinches no se lo permitieron, amenazando con denunciarle si lo hacía. Eso le dejaba atado de por vida al tráfico de drogas, y prácticamente en manos de los que hasta el momento habían estado por debajo de él.

—Podríamos decir que su ambición política le perdió.

—Sí. De haber seguido siendo un hombre con grandes negocios y nada más, nadie lo hubiera atrapado nunca. Pero aspiraba a hacer política y no pensó las consecuencias que ello podía acarrear.

Brewster sonrió entre dientes y le indicó con un gesto que siguiera

hablando.

Leonard siguió:

—Habitualmente, Keating recibía la droga desde su contacto en Nueva Orleans a través de una agencia de sellos. Los paquetes, envueltos en papel azul y con el membrete de la agencia, no podían despertar sospechas, y Keating sabía inmediatamente de lo que se trataba y nos los abría en presencia de nadie. Luego, Keating distribuía la droga a sus dos o tres contactos, para que ellos la llevaran a su vez a los distribuidores. La organización estaba muy bien montada.

—¿Qué falló entonces?

—Como en el asunto de la política, falló el cerebro de Keating. Le falta clase incluso para dedicarse al delito. Emma Leach fue encargada de hacerle uno de los envíos, y al ver un paquete distinto, Keating lo abrió en presencia de su mayordomo. Cuando se dio cuenta del error, era ya demasiado tarde. El mayordomo había advertido la clase de contenido del paquete. Atrapado en su propia red, sabiendo que a aquel hombre no podría comprarlo, Keating recurrió al F. B. I, para alejar las sospechas de sí mismo. Pero al mismo tiempo le puso remite al paquete. Eso nos daba una pista.

—Un detalle tonto.

—No tan tonto. Esta vez, Keating jugó bien sus cartas. El mismo hizo mi reserva de coche-cama... y metió en mí mismo apartamento a Ana Sherman. Sabía que era mi punto flaco. Cualquiera hombre se hubiera vuelto loco por ella. Y Ana, bajo su aparente estupidez, escondía una gran astucia que sabía utilizar perfectamente.

—¿Qué falló del nuevo plan?

—Los contactos de Nueva Orleans. Apenas supieron que yo estaba allí, y que tenía la dirección de Emma (supongo que Ana los pondría inmediatamente en situación), decidieron matarla. Pero el imbécil al que enviaron a hacerlo, no se llevó absolutamente nada de su camerino, o acaso creyera que no lo tenía allí, y eso puso en nuestras manos su libreta de direcciones.

—Un buen golpe por nuestra parte. ¿Qué más?

—Aquel comerciante de Dothan que murió luego de convocar su famosa conferencia de Prensa, era el enlace de Keating en ese pueblo. Keating llevaba el control de todo el Estado. El comerciante quiso desenmascararlo y fue ejecutado por orden del propio Keating. Pero también a Keating en este momento se le escapó el hilo del ovillo, y fue que el libro de registro del comerciante quedó en poder de su hermano sin que él lo supiera. Welcher se entrevistó conmigo y trató de entregármelo. Ana estaba allí y lo impidió, enviando un pistolero que asesinó a Welcher. Pero nuevamente los de Nueva Orleans fallaron, porque Welcher no llevaba encima de sí el libro, y pudimos encontrarlo en su domicilio.

—La buena suerte te persigue, Leonard.

Rio.

—Tal vez.

Y encendió despacio un cigarrillo.

Brewster esperó a que lanzara hacia el techo la primera bocanada de humo, y dijo entonces:

—Pero Ana no conocía a Welcher.

—Claro que sí. Conocía a su hermano, porque Ana estaba en contacto continuo con Keating, y había visto a Welcher alguna vez, cuando su hermano era contacto en Dothan. Ana fue enviada precisamente porque era quien conocía más cantidad de gente dentro de la organización y podía organizar mejor las cosas. Únicamente falló el que no tenía bastante cerebro para hacerlo sola, y los de Nueva Orleans se asustaron un poco. Eso, y una serie de circunstancias favorables...

—Je. ¿Algo más?

—Pues no sé. Sí: por ejemplo, que Ana consiguió la invitación para el Club Náutico a través de los contactos de Keating en Nueva Orleans. Explotó muy bien el cuento de su padre rico, después de todo.

—Y quien dice padre, dice padrino. Ha sido un buen trabajo, Leonard.

—Psé.

—Al menos, hemos atrapado una organización— completa. Janssem acaba de mandarme un telegrama. Dice que Deane ha caído también, y que el libro de Welcher está aportando muchas cifras sobre las ganancias y los sistemas de la organización.

Leonard se retrepó en el sillón con un suspiro. Recordaba los bonitos ojos color violeta de Ana, y su espléndido cuerpo que tantas cosas sabía del amor. Pero calló todo aquello y dijo solamente:

—Fue, en el fondo, una espléndida jugada de póker. Pero no siempre se puede apostar a un «bluff» y ganar la mano.

Brewster rio.

—Estoy de acuerdo. ¿Algo más?

—Quiero dos días de permiso.

—¿Dos días? ¿Para qué?

Se estiró tranquilamente, encendió otro cigarrillo y dijo con acento perezoso, entrecerrados sus ojos de gato:

—Quiero correrme una juerga con la primera chica bonita que encuentre.

Era incorregible. Pero a Serge Brewster le agradaba que se tomara las cosas de aquella forma. La humanidad y la profundidad de Leonard Wiggins estribaba precisamente en que solo daba importancia a las cosas que tenían importancia.

—De acuerdo. Permiso concedido.

—«Okay».

Y se marchó, moviendo su metro noventa de estatura con aquella elástica facilidad de los felinos. Durante un momento, un largo rayo de sol hizo parecer más leonado el color de su cabello y más verde el color de sus ojos.

Cuando se cerró la puerta, igual que siempre, Serge Brewster respiró. Y se sintió más seguro.

Pero pensó al mismo tiempo que si Leonard Wiggins no hubiera estado en su Departamento, él hubiera tenido pesadillas durante muchas noches de su vida.

Porque Leonard Wiggins, del Departamento de Narcóticos del F. B. I., era todo un tipo.

Bueno...

... en realidad, para ser exactos, era todo un gato.

Con siete vidas incluidas.



FBI
Selecciones



Concesionarios
exclusivos en América

EDITORIAL AMERICA, S.A.

2180 S.W. 12 Avenue
MIAMI, FLA. 33145-USA

{1} La abreviatura Al, designa postalmente en U.S.A. el Estado de Alabama.

{2} Hombre de Neanderthal. La más primitiva de las razas prehistóricas. Se supone que vivió hace millones de años, y su aspecto era más semejante al de un simio que al del hombre actual.

{3} Como es bien sabido, Louisiana, en cuyo Estado se encuentra la ciudad de Nueva Orleans, fue territorio francés hasta que el Gobierno de los Estados Unidos lo compró por diez millones de dólares. Sin embargo, la influencia francesa se deja sentir aún en nuestros días, y las más rancias familias de aristócratas se vanaglorian de llevar apellidos franceses y mantener las viejas tradiciones europeas.

{4} Lady Ginebra fue esposa del rey Arthur, el famoso creador de los Caballeros de la Tabla Redonda. A su belleza y atractivo, la reina unió (según las crónicas siglo VI), una gran frivolidad. Tuvo varios amantes, algunos de ellos pertenecientes a la Orden de caballeros creada por su esposo, y acusada de infidelidad y brujería, murió en la hoguera finalmente.